

EL VIAJE INFINITO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

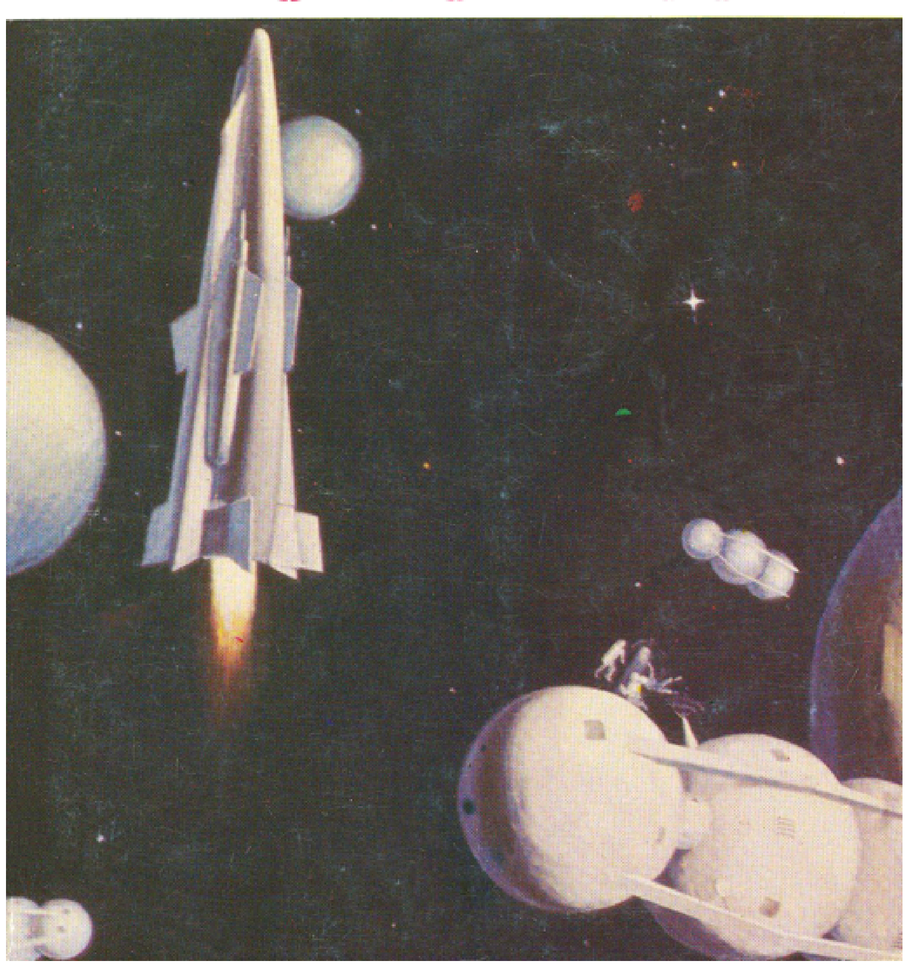
BOLSILIBROS · BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL VIAJE INFINITO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

471 - Retrato de un hombre imposible. - *Kelltom McIntire*

472 - Flecha estelar. - *Clark Carrados*

473 - Base marciana Juno. - *Joseph Berna*

474 - ¡Destruid ese planeta! - *Clark Carrados*

475 – Genes de muerte. – *Burton Hare*

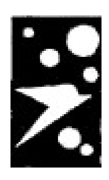
CLARK CARRADOS

EL VIAJE INFINITO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 476

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 24.760 - 1979

Impreso un España - Printed in Spin

1.a edición: septiembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos, de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

El operador de turno para uno de los sectores galácticos tenía muy poco trabajo en aquellos momentos, por lo cual estaba entregado a la apasionante lectura de un libro clandestino que circulaba bajo mano con gran profusión en aquellos tiempos. Las normas morales del siglo XXVIII eran muy rígidas y si le hubiesen encontrado con semejante obra en las manos, podría haberle costado un disgusto.

El operador leía *Justine*, de Sade, con un ojo y con el otro vigilaba las pantallas. Los oídos estaban bien abiertos, para captar cualquier sonido que pudiera llegar de las profundidades del espacio.

De pronto, cuando más enfrascado estaba con las amargas peripecias de la infeliz protagonista de la obra oyó un pitido, repetidas veces, que indicaba una nueva transmisión.

El operador dejó el libro a un lado, exactamente debajo de un panel y manejó algunos instrumentos. Los sonidos llegaban distorsionados a sus oídos pero la traductora gráfica, infinitamente más sensible que el tímpano humano, los hizo aparecer inmediatamente en una de las pantallas, en forma de cifras y letras de fácil lectura.

El operador presionó entonces la tecla de GRABACION. Las cifras y las letras que aparecían en la pantalla no le decían nada:

—QWKZ-44-91... Aquí, Deep Lance... Situación crítica... Socorro inmediato... Por favor, pronto o moriremos... Nuestra posición es... KT9... KT9... KT9... KT9...

Las dos últimas letras se repitieron hasta un total de nueve veces. Luego, tan bruscamente como había comenzado, cesó la transmisión.

El operador pasó la nota al jefe de servicio, sin darle demasiada importancia. El jefe de servicio, a su vez, hizo un informe recomendando se hicieran averiguaciones acerca de la nave que se hallaba en crítica situación y que se enviase una patrulla en su socorro. Siguiendo los canales habituales, el informe llegó a las más altas esferas, en donde no hubiera pasado nada, de no ser por un tipo muy bien informado, cuyas manifestaciones causaron una auténtica conmoción.

La astronave Del Lance había zarpado de la Tierra el día 24 de mayo de 2163.

Desde entonces, no se habían vuelto a tener noticias suyas ni de la suerte que habían corrido sus tripulantes. Aquel mensaje era el primero que se recibía en quinientos noventa años.

* * *

—No puede ser —gruño el almirante Shaughn—. Esos tipos no pueden vivir después de seis siglos.

—No se trata de encontrarlos vivos, señor —dijo el secretario de Comunicaciones Espaciales—. Por supuesto, harto me imagino que están muertos. Han pasado seis siglos desde su partida... pero, imagínese que encuentra los restos de la nave Del Lance. En sus tiempos, se hizo famosa entre las naves espaciales como la goleta Mary Celeste en tiempos de la navegación a vela. Claro que la Mary Celeste apareció aunque sin tripulación, de la que nunca se supo más, mientras que la Del Lance, desapareció con todos cuantos se hallaban a bordo. Pero usted, señor, aspira al sillón presidencial, ¿no es cierto?

Shaughn emitió una respuesta ininteligible. El secretario, Marv Laski, sonrió maliciosamente.

—Imagínese, señor; usted es el responsable de la astronáutica terrestre —continuó—. La verdad es que nadie se acuerda de la Del Lance después de seiscientos años, pero esta misma noche saltarán las primeras noticias a las pantallas de miles de millones de televisores. Miles de millones de personas se emocionarán con la noticia de que los valerosos tripulantes que se enfrentaron cara a cara con los infinitos peligros de un viaje por las estrellas, en aquellos heroicos tiempos en que apenas se habían rebasado los límites del sistema Sol-Alfa Centauro. Todo nuestro universo conocido cabía en los estrechos límites de cuatro años luz y ellos, los héroes de la Del Lance, se lanzaron sin el menor temor a las profundidades de la Galaxia. Erik el Rojo, Colón, Magallanes de la nueva era espacial...

—Vamos, vamos, Laski, déjese de florituras retóricas —rezongó el almirante.

—Forma parte de la nota que el servicio de prensa de su departamento enviará a los medios informativos, señor —dijo Laski sin abandonar su tono malicioso—. Y, además, es verdad; en aquella

nave, iban cuarenta personas, veinte parejas de ambos sexos, aunque luego, a punto de zarpar, el capitán devolviese dos hombres y dos mujeres, unos maricones y las otras lesbianas.

—¿Y por qué? —preguntó Shaughn un tanto ingenuamente.

—Hombre, iba a ser un viaje un tanto largo. Todas las parejas tenían que ser fértiles. Pasarían al menos diez años en el espacio y en ese tiempo deberían tener cada una, al menos, un par de hijos. Y todo estaba preparado para esa eventualidad, sin abandonar el menor detalle a la improvisación. Aparte de los tripulantes propiamente dichos, había de todo: agricultores, ingenieros, médicos y enfermeras; naturalmente, sociólogos.

—Siga, Marv.

—Bien, si encontramos la Del Lance, hallaremos también, lógicamente, el diario de a bordo y así sabremos qué ocurrió, al menos, en los momentos que precedieron a su pérdida. El capitán Bruckner era hombre competentísimo y sumamente respetuoso con las ordenanzas. Estoy seguro de que no dejó pasar el menor detalle sin anotarlo en su cuaderno de bitácora, señor.

—Ah, conoce, incluso, el nombre del comandante de la nave.

—Sí, señor; he repasado los archivos —sonrió Laski—. Pero, repito, encontrar los restos de la nave y saber qué les sucedió, podría ser una buena baza publicitaria para usted, si es que de veras piensa presentarse a las elecciones presidenciales. Como usted no ignora, almirante, la gente no está demasiado conforme con el presidente actual, Karel Pawloski, cuyos aires de inquisidor no despiertan ciertamente las simpatías mayoritarias. Hay demasiadas leyes restrictivas...

—Sí, lo sé —dijo Shaughn.

—Bueno, usted es el jefe supremo del departamento. Ni Pawloski podría impedirle el envío de una expedición de rescate de los restos de la Del Lance.

—El caso es que no sabemos dónde está...

—La Tierra está en buenas relaciones con Zyphog, Mar-Ulh, 701 de Hii-Go y Rotter Luckxz. Sus jefes de departamento astronáutico colaborarían con nosotros de buena gana, con informes y ayuda secundaria.

El almirante puso los codos sobre la mesa.

—Marv, lo que más me intriga es el final del mensaje, las dos letras K y T repetidas nueve veces —dijo—. ¿Piensa usted que puede tratarse de una clave?

—Pudiera ser, señor; pero sólo tendremos la certeza de ello cuando encontremos la Del Lance.

Shaughn sonrió.

—Marv, usted es un tipo que se mueve con más rapidez que un tigre hambriento cuando tiene una gacela a la vista —dijo—. ¿Cómo se llama el comandante de la nave de rescate?

—Usted tampoco es tonto, señor —rió Laski—. El nombre es Kirth Kynn y está entusiasmado con la misión.

—Le conozco. Un hombre joven, algo impetuoso...

—Su ímpetu se despliega solamente al final de la reflexión que le aconseja emplear esa característica personal, señor.

—Un excelente modo de calificar la idiosincrasia de una persona —aprobó el almirante—. Hágalo pasar.

—Sí, señor.

Un hombre entró en el despacho segundos más tarde. Kirth Kynn no era muy alto, comparado con la mayoría de las personas. Apenas llegaba a los ciento ochenta centímetros, cuando casi todo el mundo llegaba sin dificultades a los dos metros, la estatura media normal en el siglo XXVIII y muchísimos rebasaban esa longitud en diez centímetros más. Pero era cuadrado de hombros, tremendamente fornido y de mirada tan penetrante como los rayos de un proyector de láser dirigidos contra una plancha de acero.

—Almirante —saludó tras un rígido taconazo.

—Capitán, le supongo enterado de lo que sucede —dijo Shaughn.

—Sí, señor. El secretario ha tenido la amabilidad de enterarme de la llegada de noticias de la Del Lance. Estoy enterado puntualmente de todo lo que sucedió. Soy también diplomado en Historia de la Astronáutica.

Shaughn fijó los ojos en Laski.

—Ha sabido usted elegir al hombre —dijo.

—Y él sabrá elegir a su tripulación, señor —contestó Laski con una risita.

—El veinticuatro de mayo de dos mil ciento sesenta y tres, la Del Lance zarpó de la Tierra, al mando del capitán Bruckner. Las últimas noticias de él, se tuvieron cuatro años y tres meses más tarde y anunciaba habían rebasado la órbita del sistema de Alfa-Centauro —recitó Kynn—. A partir de aquel momento, es decir, hace quinientos ochenta y seis años, ya no se ha vuelto a saber nada más de aquella nave.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Shaughn.

Un hombre entró, con un papel en la mano. Era el primer jefe del Cuerpo de Observadores Espaciales.

—Almirante, una noticia sensacional —anunció—. La cuarta estación receptora de Zyphog nos comunica haber captado el mismo mensaje que ya conoce usted. Pero con una novedad.

—Vamos, Reiner, dígalo de una maldita vez; no nos tenga sobre ascuas —gruñó Shaughn.

—Sí, señor. Zyphog dice que ese mensaje fue emitido hace menos de cuarenta y ocho horas. Aquí se recibió una copia, retransmitida por una estación automática de onda instantánea, pero otras naves de Zyphog pudieron captar también el mismo mensaje y lo retransmitieron a su central, que, a su vez, nos lo ha enviado a nosotros.

Shaughn saltó en su asiento.

—Reiner, por todos los diablos, no me diga que los tripulantes de la Del Lance están todavía vivos, al cabo de seis siglos. Ahora podemos vivir casi dos… pero, seis, infiernos, sería ya excesivo.

—Me limito a expresar las realidades, señor; no hago especulaciones de ninguna clase —se defendió el recién llegado.

Los dedos del almirante tablearon sobre la mesa.

—Vivos, al cabo de seiscientos años… —murmuró.

—Si no ellos, por lo menos, algunos de sus descendientes —apuntó Laski.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, de pronto, Shaughn hizo un ademán.

—Adelante, capitán Kynn; empiece a preparar la expedición. Y cuente con mi apoyo incondicional para todo lo que necesite.

—Es decir, carta blanca —sonrió Laski.

—Justamente. ¿Conforme, capitán?

—Sí, señor —respondió Kynn serenamente.

CAPITULO II

Laski era, además de su cargo, un hábil jefe de propaganda y bajo una apariencia neutral, cosa obligada dado su cargo, supo tocar la tecla sentimental y consiguió que la inmensa mayoría apoyase la idea del rescate de la nave perdida desde seiscientos años antes. Naturalmente, presentó la cosa como una idea personal del almirante, cuya popularidad se acrecentó enormemente a partir de aquel momento.

El nombre de Shaughn corrió de boca en boca, aunque Kirth Kynn, comandante de la expedición de rescate, no le quedó a la zaga. Por otra parte, la noticia de que aún vivían descendientes de quienes habían zarpado de la Tierra en el siglo XII, resultaba tan sensacional como si se hubiera anunciado que aún vivían los primeros marinos que atravesaron el Atlántico de Europa a América.

Kynn puso manos inmediatamente a la obra. Todas las puertas se le abrieron, todos los departamentos le dieron el máximo de facilidades. Pudo elegir personalmente la nave y la pertrechó no sólo de acuerdo con los pensamientos, sino con sus ideas personales. Asimismo se encargó de elegir por sí mismo a los miembros de la tripulación.

Dos semanas más tarde, todo estaba dispuesto para la partida. La nave se hallaba completamente alistada. Kynn en persona había elegido su nombre: Salvation. Resultaba un tanto melodramático, quizá efectista pero a la gente le gustó.

Laski se frotaba las manos. Ya no le cabía la menor duda de que Pawloski perdería en las próximas elecciones. Shaughn sería el próximo presidente de la Tierra. El almirante era un hombre bueno, fundamentalmente honrado, muy liberal. Con toda seguridad, le daría la cartera de Asuntos Galácticos, la más importante en el gabinete ministerial.

Pero aquel cargo le daría la ocasión de ser el presidente en la sombra. Podría manejar a su antojo al almirante y…

El día de la partida, cuando Kynn estaba haciendo las últimas comprobaciones en la cabina de mando, vino a verle su segundo, el teniente Sansanz.

—Señor, tenemos un nuevo tripulante —informó.

Kynn se volvió en su asiento.

—La dotación está al completo —dijo, irritado.

—Temo, señor, que no podrá rechazar a ese tripulante —manifestó el segundo flemáticamente.

—¿Por qué?

—Trae sus órdenes firmadas por el propio presidente. Yo las he leído y todo está en regla, señor.

Kynn torció el gesto. Una orden del presidente no se podía desobedecer. Constitucionalmente, el presidente era comandante en jefe de todas las fuerzas armadas.

Sansanz bajó la voz.

—Confidencialmente, señor; tengo la impresión de que el presidente quiere tener a bordo una persona de toda su confianza.

—Un espía, ¿eh?

—Sí, señor.

—Está bien, tendremos que soportarlo. Haga pasar a ese individuo; quiero echarle el ojo para ver si puedo medirlo. Luego, déjenos solos.

—Bien, capitán.

Sansanz se marchó. Momentos después, alguien entró en la cabina.

—Se presenta Desia Lozzull, psiquiatra, señor —dijo la mujer.

Kynn se quedó con la boca abierta. Ella era una joven de poco más de veinticinco años, alta, de cuerpo agradablemente formado y pelo intensamente negro, muy corto. El rostro no era especialmente hermoso, aunque sí tenía cierto atractivo de simpatía que era difícil no captar en el primer momento.

Durante unos segundos sólo hubo silencio en la cámara. Luego, Kynn estalló:

—¿Y para qué diablos quiero yo un psiquiatra? Tengo un médico a bordo, con buenos conocimientos de esa especialidad, señorita

Lozzull.

—Capitán, en primer lugar, le ruego tenga en cuenta mi grado —dijo ella fríamente—. Es el mismo que el suyo, según puede apreciar por las insignias de mi uniforme. En segundo lugar, no pienso interferir la labor del médico de a bordo a menos que éste me lo pida, lo cual sería colaborar con él y no enfrentarme con sus decisiones. Y, en tercero, estoy aquí pensando, no en los tripulantes de la Salvation, sino en los de la Del Lance. O en sus descendientes, claro está.

—Sí, tal vez necesiten de sus servicios, si los encontramos...

—Estoy segura de que los encontraremos, señor —dijo Desia sin levantar la voz—. Capitán, ¿puede asignarme un camarote?

—Consulte al sobrecargo Vayda, doctor. Es decir, si lo es...

—Diplomada en Oxford y doctorada en Viena.

—Ya, Freud, Adler, Jung y demás padres del psicoanálisis, ¿verdad?

—Exactamente, capitán. ¿Algo más?

—Eso es todo.

Desia se volvió, pero antes de salir giró la cabeza nuevamente.

—Capitán...

—¿Sí?

—No parece sentirse especialmente contento de tenerme a bordo.

—Lo admito, doctor.

Ella sonrió imperceptiblemente.

—El femenino de doctor es doctora, capitán. ¡Buenos días!

* * *

La Salvation despegó, acompañada mentalmente por miles de millones de personas que deseaban su éxito y se lanzó a las profundidades del espacio. Un día más tarde y adquirida la velocidad

adecuada, el capitán Kynn ordenó la maniobra pertinente para efectuar el salto hiperespacial que les llevaría a las inmediaciones del sistema de Zyphog, situado a quinientos ochenta y un años luz de la Tierra.

La maniobra se realizó sin dificultades. A partir de aquel momento se iniciaría la verdadera exploración. Kynn confiaba en encontrar bien pronto una patrulla de exploración, aparte de que debía informar de su presencia a la comandancia de astronáutica de Zyphog. Aparte de ello, quería obtener nuevas noticias sobre la Del Lance, cosa que le resultaba imprescindible si quería tener éxito en la misión que le había sido asignada.

Los primeros días transcurrieron con toda normalidad. Kynn supo que la Del Lance no había vuelto a emitir un nuevo mensaje. La procedencia del primero no había sido localizada, por demasiado breve. Por otra parte, nadie sabía tampoco qué significaba la clave KT9, repetida nueve veces.

En la computadora de la Salvat ion habían sido archivados todos los datos conocidos de la Del Lance. Kynn se conocía de memoria la historia, de tal modo, que no necesitaba apenas hacer consultar a la computadora. Pero por más que se esforzaba, no conseguía hallar el significado de lo que ya se conocía como KT9. Era, en realidad, un mensaje absolutamente incomprensible.

De pronto, se abrió la puerta de la cámara. Kynn y Sansanz se conocían lo suficiente para que el segundo pudiera entrar sin llamar, sobre todo, cuando sabía que su capitán estaba solo.

—Señor, traigo un mensaje —informó el segundo de a bordo—. Llegó en clave y lo he descifrado yo personalmente.

—Démelo, Pablo.

—Sí, señor, aquí está.

Kynn leyó lo que había escrito en el papel. Su frente se nubló inmediatamente.

—Conque ni psiquiatra ni nada parecido —murmuró, tras la lectura.

—Así es, señor. Hizo usted bien en recabar informes suplementarios de esa mujer.

Kynn meneó la cabeza.

—Política, asquerosa política… —mascullo—. Diríase que Pawloski se ha dado cuenta de la jugada y quiere contrarrestarla.

—Estoy de acuerdo con usted —manifestó Sansanz—, aunque más bien opino que esto es cosa de Tolk, el asesor presidencial en cuestiones de astronáutica.

—El contrapersonaje de Laski.

—Exactamente. Por supuesto, el presidente no puso la menor objeción al plan de su asesor.

—Pero Tolk ha metido la pata, al enviarnos a alguien que no es lo que dice ser. Cuando esto se sepa, se organizará un gran escándalo…

—El escándalo está ya dado, señor; no podremos evitarlo. Y yo no querría, tampoco.

—Por supuesto —concordó Kynn—. Está bien, Pablo; quiero entrevistarme personalmente con esa fulana. —Consultó su reloj—. Pero lo haré en la cámara de mando; es mi turno.

—Bien, señor.

Kynn se levantó y abandonó su cámara, mientras Sansanz se dirigía en busca de la joven. Momentos después, Kynn hacía el revelo y se quedaba solo frente a los instrumentos.

A través de los amplios ventanales, dominaba una vasta extensión del cielo estrellado que a casi seiscientos años luz de la Tierra, ofrecía un aspecto muy distinto. A su derecha, a cuarenta millones de kilómetros de distancia, podía ver a Zyphith, el octavo planeta de Zyphog, cinco veces más grande que Júpiter y con un aspecto aterrador en su color predominantemente rojo oscuro, con algunas bandas casi negras. Zyphith era un mundo inhabitable y lo sería aún durante millones de siglos. Aquel color rojo era debido a su anterior etapa como estrella que, en tiempos, había constituido uno de los soles del sistema. Ahora era sólo un sol moribundo, en la agonía, pero que, como si fuese un ser consciente, se resistía a desaparecer definitivamente.

La puerta se abrió de pronto.

—¿Capitán? —sonó la voz de Desia Lozzull.

—Pase usted, señorita —dijo él, sin volverse.

—Doctora, capitán —rectificó la joven.

—Eso es mentira.

* * *

Hubo un momento de silencio. Luego, Desia, con ojos inflamados por la cólera, avanzó hacia el comandante de la nave.

—Repita lo que ha dicho, capitán.

Kynn giró en redondo.

—He dicho: «Eso es mentira». Tome, lea.

Y le entregó el mensaje que acababa de recibir.

Desia lo leyó rápidamente. Al terminar, hizo una bola con el papel y lo lanzó a la cara del joven.

—Eso sí que es una mentira —clamó coléricamente—. ¿De dónde se han sacado que no soy doctora especializada en psiquiatría? ¿Quiere que le enseñe las fotocopias de mis títulos? Las tengo en mi equipaje, capitán.

Kynn se desconcertó.

—El mensaje me merece absoluto crédito —se defendió, intuyendo que la joven decía la verdad.

—Es una inmunda calumnia —protestó ella.

—Espere un momento —pidió Kynn—. Usted está a bordo por recomendación presidencial.

—Lo admito. Pawloski es hermano de mi madre. Pero, hasta ahora no le había pedido ningún favor. Fue él quien me propuso incorporarme a la expedición y yo acepté. Y si piensa que en este asunto hay una segunda intención, al menos por mi parte, está completamente equivocado.

—¿Fue el presidente quien la llamó?

—Lo exacto sería decir que me lo propuso, cuando mis padres y yo fuimos a cenar o su residencia, para celebrar íntimamente su cumpleaños.

—Yo pensé que el consejero Tolk...

—No tiene nada que ver en todo este asunto. Insisto en que fue idea de mi tío.

Kynn entornó los ojos.

—¿Le pidió que nos espiase?

—Pero ¿por quién me ha tomado, capitán? —gritó ella—. ¿Es que sólo tiene pensamientos torcidos en su mente? ¿No es capaz su cerebro de concebir una sola idea honesta?

—Discúlpeme, señorita...

—¡Doctora!

Kynn maldijo entre dientes. Aunque la idea del presidente hubiera sido realizada sin segundas intenciones, la presencia de Desia a bordo no podía traerle sino complicaciones, incluso pensando que no era la única mujer que formaba parte de la tripulación. Pero, de pronto, empezó a sospechar.

—Doctora...

—Diga, capitán.

—Le ruego me perdone mi actitud.

—Eso está mejor —dijo ella, suavizando su tono.

—Pero comprenda mi situación. Soy el capitán...

—Sí, el amo a bordo, después de Dios. Lo bueno es que no haya a mano una isla desierta, para abandonarme en ella, ¿verdad?

—No haría tal cosa ni con mi peor enemigo —se indignó Kynn—. Lo que quería decirle es que, puesto que usted habla con la verdad, alguien, tal vez, ha enviado un mensaje con una mentira.

Desia levantó las cejas.

—¿Quién, capitán?

Kynn no pudo contestar. En el mismo momento, sonó una terrible explosión y la nave sufrió una espantosa sacudida.

CAPITULO III

El suelo de la cámara se levantó bruscamente en un ángulo de 45° y los dos únicos ocupantes de la misma rodaron por el suelo, volteando aparatosamente hasta ser detenidos por el mamparo. Horribles crujidos sonaron por todas partes, a la vez que los timbres de alarma estallaban en estridentes campanillazos.

La puerta de la cámara se cerró de golpe. Todavía caído en el suelo, Kynn pudo apreciar que los mecanismos de emergencia habían funcionado a la perfección. En alguna parte se había producido un escape de aire y las puertas estancas, accionadas por mecanismos sumamente sensibles, habían actuado con toda eficacia.

La nave recobró su horizontalidad. Kynn se sentó en el suelo. A su lado, Desia yacía inconsciente. En su frente había un poco de sangre.

Puso una mano sobre el pecho de la joven. El corazón latía normalmente, Desia había recibido un golpe y ello le había ocasionado la momentánea pérdida del conocimiento.

Podía pasarse unos momentos sin su ayuda. Haciendo un esfuerzo, se levantó de un salto y corrió a la consola de mandos. Inmediatamente, conectó el interfono general.

—Habla el capitán —exclamó—. Equipo de averías, conteste inmediatamente. Estoy en el puente. Contesten, pronto.

Nadie dijo nada. Kynn repitió la llamada varias veces. El silencio era absoluto.

De pronto, reparó en un detalle que le puso los pelos de punta.

El cuadro indicador de presión atmosférica ofrecía todas sus luces apagadas, salvo una, precisamente la que correspondía a la cámara de mando.

—¡Dios mío, no puede ser posible! —dijo, aterrado.

Era una indicación espeluznante. Significaba que toda la tripulación había perecido.

Medio centenar de hombres y mujeres habían muerto en unos

segundos por descompresión. La Salvat ion, ahora lo consideró un nombre siniestramente irónico, no era sino un ataúd volante, que transportaba cincuenta cadáveres de personas, muertas después de una brevísima, pero horripilante agonía.

Era una aterradora verdad. Desia y él eran los únicos seres vivos a bordo de la astronave.

Pero, ¿qué había causado aquella súbita descomprensión?

Delante de él, vio algo repentinamente que le hizo sentir un pánico espantoso.

A consecuencia de la explosión, uno de los cristales se había rajado. La línea blanquecina que lo cruzaba horizontalmente de arriba abajo, tenía un significado especialmente amenazador.

Aquel cristal, pese a su resistencia estructural, podía quebrarse en cualquier momento. Entonces, el aire se escaparía en un segundo y él y Desia morirían irremisiblemente.

Había, tal vez, una solución, mientras buscaba el modo de salvarse y salvar a la joven. Su mano derecha se movió sobre el cuadro de mandos. Los mecanismos de la nave, al menos algunos de ellos, continuaban en funcionamiento. Kynn rebajó la presión que había en aquellos momentos, similar a la del nivel del mar, y la dejó a la equivalente a unos cuatro mil metros de altitud. Sufrirían algunos trastornos, pero, al menos, la presión que el aire interior ejercía sobre el cristal agrietado, quedaba considerablemente rebajada. De un kilo por centímetro cuadrado, había pasado a medio o quizá menos.

Luego se acercó a la fuente de agua y llenó un vaso de papel. Era una lástima que no pudiera disponer de licor pero era algo especialmente prohibido durante las guardias. El líquido cayó sobre la cara de Desia, que se agitó a la vez que emitía palabras incoherentes.

Con el pañuelo, le limpió la sangre. Del pequeño botiquín que había en la cámara, como en todos los lugares estratégicos de la nave, sacó un poco de cinta adhesiva, con cicatrizante y cubrió la pequeña grieta que la joven tenía en el lado izquierdo de la frente.

—Vamos, doctora, despierte —dijo, apremiante.

Desia abrió los ojos.

—¿Qué... ha pasado? —preguntó con voz débil.

Kynn le entregó un vaso con café.

—Beba, pronto; tenemos que ponernos los trajes espaciales.

Desia tomó unos sorbos. Ayudada por Kynn, pudo, al fin, ponerse en pie.

—He oído un ruido… No recuerdo más…

Kynn la arrastraba hacia el armario en donde había cuatro trajes espaciales para casos de emergencia.

—Supongo que la habrán entrenado para vestir una escafandra —dijo.

—He hecho unos cuantos viajes por el espacio —contestó Desia.

—Entonces, no se hable más. Vamos, pronto, no podemos perder un solo segundo.

—Me falta aire… —se quejó ella.

—Es natural; he tenido que rebajar la presión. Luego le explicaré.

En pocos minutos, estuvieron vestidos. Luego comprobaron las radios que les permitían comunicarse a través de los cascos respectivos.

—No sé qué ha pasado —dijo él—. Se ha producido una explosión y todos los demás tripulantes han muerto.

Los ojos de Desia se dilataron enormemente bajo el cristal azulado del casco y una fuerte convulsión sacudió su cuerpo.

—Muertos. Todos…

—Sí. Y además…

Kynn le señaló el cristal agrietado. Ahora, por la parte inferior, se escapaba un delgadísimo chorro de vapor blanquecino. Kynn se felicitó por haber reducido la presión; de otro modo, el cristal habría saltado en mil pedazos, sin darles tiempo a ponerse los trajes espaciales.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido? —exclamó Desia.

—No lo sé —declaró él—. Ahora mismo haré una llamada de urgencia al Control de Rescate. Necesitamos auxilio inmediatamente.

En el mismo instante, se oyó otra explosión, aunque de tono

mucho menor que la primera. Las luces de control de la radio se apagaron instantáneamente.

La sacudida fue suficiente para que el cristal agrietado terminara de quebrarse y volar en mil pedazos. Un segundo más tarde, la cámara quedaba completamente sin aire.

A pesar de todo, la mayoría de instrumentos seguían funcionando. Kynn pudo apreciar en una de las pantallas la imagen de una astronave que se acercaba con gran rapidez.

Empezó a comprender, lo que sucedía y sus aprensiones subieron hasta el límite. Acercándose a Desia, cerró su radio, hizo lo mismo con la de su propio casco y luego juntó éste con el de la joven.

—Tenemos que hablar así, por las vibraciones de los cascos —dijo—. No podemos utilizar la radio.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Piratas del espacio.

* * *

Ya no cabía la menor duda. La primera explosión era consecuencia de un torpedo disparado por la nave pirata, cuyo capitán no se había molestado en lanzar un aviso de intimidación, sin duda por temor a recibir una respuesta nada amable o tal vez temiendo que la nave a la que consideraba su presa pudiera lanzarse al subespacio y escapar así a su ataque. Y la segunda explosión era debida a un proyectil de menor calibre, que había hecho volar las antenas de la radio, en previsión de que quedaran posibles supervivientes, para dejarnos incomunicados.

—Pero ¿es posible que en pleno siglo XXVIII haya piratas? —se asombro la joven.

—En Zyphog son posibles muchas cosas que ya no se hacen en el sistema solar. El gobierno zyphogiano, por supuesto, intenta combatir esta plaga pero no siempre tiene éxito.

—Entonces, si nos encuentran... nos matarán —dijo Desia, llena de pánico.

—Vamos a ver si podemos evitarlo —contestó él.

Bajo la consola había un compartimento, cuya puerta abrió y del que extrajo dos pistolas con una forma muy peculiar, cada una en su funda y ésta sujeta a un ancho cinturón elástico.

—¿Sabe cómo se usan? —preguntó.

—Tengo cierta idea...

—Apunte y apriete el gatillo. No haga preguntas; dispare sin más. Y si siente aprensión por matar a un semejante, piense que él tiene justamente esas mismas intenciones con respecto a usted. ¿Entendido?

Desia asintió.

—¿Qué clase de pistolas son? —preguntó.

—Malísimas —sonrió él en el interior del casco—. El proyectil perfora primero el traje espacial, aunque sea blindado y luego desintegra a su portador.

—No sé si me atreveré...

—Sí quiere convertirse en humo, allá usted.

De pronto, se sintió una ligera trepidación.

—Los piratas han lanzado ya los arpeos de abordaje.

—¿Ganchos con cuerdas, como en los tiempos antiguos?

—Son ventosas electromagnéticas —aclaró él.

Se acercó a la consola y conectó toda la batería de pantallas visoras. La imagen del casco de una nave, situada a menos de veinte metros de distancia, apareció de inmediato ante sus ojos.

De pronto, se le ocurrió una idea.

La nave pirata había lanzado dos arpeos, situados al extremo de sendos cables del grosor de la muñeca de un hombre. Ahora se había abierto una escotilla en el casco y varios individuos, todos ellos equipados con trajes de vacío, flotaban en el espacio, dirigiéndose hacia su presa.

Agarró a Desia por un brazo y pegó su casco al de la joven.

—Póngase frente a la puerta —dijo—. Alguien abrirá dentro de unos minutos. Dispare sin más... y piense que nuestras vidas dependen

de su rapidez.

Sí... pero ¿por qué no usted...? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Tengo algo urgente que hacer. Voy a ver si les devuelvo la pelota a esos forajidos.

Kynn se separó de la joven para arrodillarse frente a la consola de mandos, cuyo interior estudió durante unos segundos. Luego, de pronto, sacó un tablero, lo dejó en el suelo, sacó otro, poniéndolo en el sitio del anterior y situó el primero en otro hueco.

Inmediatamente, se irguió, y empezó a maniobrar en los controles, observando al mismo tiempo las indicaciones de los aparatos. La nave estaba todavía en buenas condiciones. Los generadores no habían sido afectados por la explosión. Era indudable que los piratas sólo habían querido exterminar a la tripulación, para dedicarse después al saqueo de su presa.

La puerta de la cámara se abrió de pronto.

Desia disparó.

Delante de ella, un traje de vacio empezó a lanzar una columnita de humo, que brotaba por el agujero abierto por el proyectil. Otro pirata recibió un segundo disparo en el casco y se convirtió instantáneamente en humo.

Kynn advirtió la maniobra y salió hacia la puerta. Al fondo del corredor, divisó a dos hombres que se daban a la fuga. Implacable, pensando en los cincuenta tripulantes, disparó dos veces. Dos trajes de vacío cayeron al suelo, repentinamente desprovistos de su contenido humano. Kynn cerró la puerta a continuación.

Miró a Desia. La joven parecía a punto de desfallecer.

—Voy a conectar la radio de su casco —anunció.

Hizo lo mismo con el suyo. Entonces, percibió una voz furiosa:

—¡Gritt! ¿Qué infiernos sucede ahí?

—Capitán, queda gente a bordo —contestó alguien—. Cuatro de los nuestros han muerto ya...

—Regresa inmediatamente. Voy a disparar un segundo torpedo y esta vez, dirigido hacia el puente. Vamos, pronto.

—Sí, capitán.

Kynn sonrió torvamente.

—No té daré tiempo —murmuró.

Regresó a la consola de mando y bajó una palanca.

Los cables de los arpeos electromagnéticos adquirieron en el acto un color rojo vivísimo. En el interior de la nave pirata se produjeron infinidad de chispazos blancoazulados, de enorme potencia lumínica.

Gritos horripilantes llegaron a los tímpanos de Desia. Quiso taparse los oídos, pero sus manos quedaron detenidas por el casco.

Las luces de la cabina oscilaron varias veces, hasta casi extinguirse por completo. Kynn movió la palanca en sentido opuesto y las luces se estabilizaron de nuevo.

—Ya está —dijo.

—¿Qué... qué ha sido todo eso, capitán?

—Los he electrocutado a todos.

* * *

A Desia no le respondían las piernas y tuvo que sentarse en una butaca.

—Capitán, ¿cómo ha podido...?

—Oiga, usted, antes de especializarse en psiquiatría, estudió medicina, ¿no es así? —dijo él malhumoradamente.

—Claro.

—Y ha visto algún cadáver. ¿No ha hecho prácticas de anatomía?

—¿Adonde quiere ir a parar, capitán?

—Aguarde a que vea los cuerpos de mi tripulación —contestó él, ceñudo.

Desia comprendió en el acto el significado de la respuesta. No,

no se le podía reprochar a Kynn lo que había hecho, sobre todo, si se pensaba que también defendía sus propias vidas.

Kynn se encaminó hacia la puerta y la abrió. Escalonados en el suelo, se veían los cuatro trajes de vacío de los primeros asaltantes. El quinto habría huido, sin duda alguna.

Lentamente, con la pistola en la mano, avanzó paso a paso. Algunas de las puertas estaban abiertas. A través de ellas, podía ver los orificios causados por el torpedo que, estimó, había sido de múltiples cabezas explosivas, todas las cuales habían detonado al mismo tiempo, con lo que así evitaban los piratas la posible reacción de sus víctimas.

—Debieran haber tirado al puente —gruñó.

El aspecto que ofrecían los tripulantes muertos era horrible. Kynn pensó en el funeral que debería oficiar más tarde. Cincuenta cuerpos serían lanzados al espacio… aunque lo más adecuado que podía hacer era reunirlos a todos en una cámara y darles digna sepultura en Zyphog. La cámara quedaría sin aire, lo cual permitiría la fácil conservación de los cadáveres.

Desia se le unió de pronto.

—Capitán, mi deber es ayudarle —dijo.

—Gracias. Voy a pasar a la nave pirata.

—Iré con usted.

—Muy bien.

Momentos después, estaban en la escotilla, que seguía abierta. Desde allí, vieron el cuerpo del quinto tripulante, a mitad de camino entre las dos naves.

El pirata estaba aferrado con ambas manos a uno de los cables. La descarga le había alcanzado cuando realizaba la travesía en sentido opuesto, sin duda agarrado al cable para impulsarse con más rapidez.

Kynn llevó a la joven de la mano. Momentos después, entraban en la nave pirata.

Había cadáveres ennegrecidos por todas partes. Kynn sintió una especie de morbosa satisfacción al saber vengados a sus tripulantes.

Desde la cabina de mando, desconectó los arpeos de abordaje.

Luego conectó la radio de llamadas automáticas de socorro; ni siquiera una nave pirata estaba desprovista de tan útil mecanismo. A continuación, inició el regreso a la Salvat ion.

Desde la escotilla de la astronave pirata, contempló el casco de la suya y se sintió descorazonado al ver la hilera de doce agujeros abiertos en el casco. Y, además, era preciso tener en cuenta el cristal que faltaba en el puente de mando.

CAPÍTULO IV

El proyector expelía un chorro de una sustancia densa que, de vapor, se convertía casi instantáneamente en un cuerpo sólido. Kynn manejó el proyector, hasta que el hueco del cristal desaparecido quedó cubierto por completo.

Aquella sustancia era opaca, pero, al menos, habría estanqueidad en la cámara, primer punto por donde debía iniciar las reparaciones.

Curiosa, Desia preguntó:

—¿Qué es eso, capitán?

—Metal líquido.

—¿A la temperatura ordinaria? —se asombró ella.

—El procedimiento de alteración de su estructura molecular, permite su almacenamiento en estado líquido, que se proyecta luego al exterior, con la ayuda del gas inerte contenido asimismo en el proyector, y que mantiene al metal en ese estado. Una vez expulsado, el acero recobra su estructura primitiva en pocos segundos, incorporándose al metal colindante.

—Entonces, piensa así tapar todos los agujeros del casco.

—Exactamente.

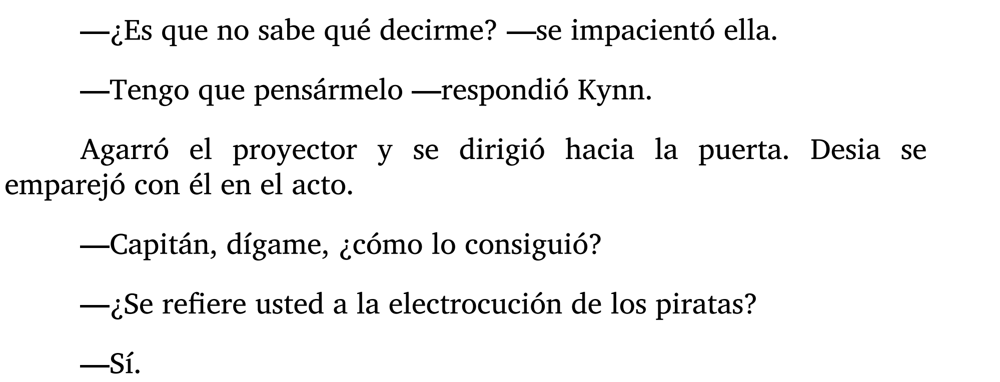
Kynn dio una nueva capa de metal al hueco y apagó el proyector. Luego restableció la presión, sin dejar de observar el manómetro en todo instante. Cuando vio la cifra de 1/2 kilo por cm3, suspendió la operación. Inmediatamente, y como era preciso abandonar la cámara y carecían de esclusa de compensación, hizo de nuevo el vacío.

—Capitán, quiero hacerle una pregunta.

—Diga, doctora.

—¿Piensa avisar a las autoridades de Zyphog?

Kynn dudó un instante.



—¿Es que no sabe qué decirme? —se impacientó ella.

—Tengo que pensármelo —respondió Kynn.

Agarró el proyector y se dirigió hacia la puerta. Desia se emparejó con él en el acto.

—Capitán, dígame, ¿cómo lo consiguió?

—¿Se refiere usted a la electrocución de los piratas?

—Sí.

—Es bien sencillo. Cambie de sitio los paneles de conexión y provoqué un cortocircuito, al máximo de tensión. Les envié, por lo menos, una descarga de cien mil amperios.

—Eso no hay quien lo resista.

—No —sonrió Kynn.

Abrió la puerta. Desia seguía a su lado.

—¿Recuerda, capitán? Cuando nos atacaron, estábamos hablando de un mensaje que contenía una sarta de mentiras —dijo.

—Es cierto.

—¿Qué opina usted del caso?

—Política, sucia y repugnante política.

—¿De veras cree…?

—No le encuentro otra explicación, a menos que sus diplomas sean falsos.

—Son auténticos —se sulfuró ella.

—Entonces, admitamos la explicación de la política. Mire, dejando de lado mi capacidad profesional, la expedición en busca de la Del Lance es cosa del almirante Shaughn y de su hombre de confianza, Marv Laski. Este quiere que Shaughn se presente a las próximas elecciones presidenciales. Si consigo encontrar la Del Lance, se habrá anotado un buen tanto. Ya tiene uno al haber organizado la expedición, pero la propaganda le presentará poco menos que como salvador de los náufragos perdidos hace seiscientos años.

—De sus descendientes —corrigió ella.

—Es igual. El caso es que Shaughn quiere ser presidente y, la verdad, su tío no goza de demasiadas simpatías. Sus campañas por la moralidad pública, tienen una buena parte de razón, pero resultan exacerbadamente puritanas y, en el fondo, esto no gusta a la gente.

—Lo sé. Yo misma se lo he dicho en más de una ocasión.

—Es como en los años veinte del siglo de la misma cifra. La ley Seca en la nación denominada entonces Estados Unidos, fue obra de unos pocos y no gozaba de la adhesión de los más. Finalmente, tuvo que ser derogada.

—Mi tío no derogará la Ley de Moralidad Pública...

—Que ha introducido, entre otras cosas, una atroz censura. Por tanto, su tío será derrotado y el próximo presidente hará que la ley sea derogada.

Kynn se detuvo ante un camarote, en cuya pared opuesta se veía un agujero del tamaño de un cráneo humano y empezó a usar el proyector de metal.

—Pero no sé qué tiene que ver ese mensaje sobre mis diplomas, con las elecciones —dijo ella.

—Usted es sobrina del presidente, ¿no? Cuando se está en período electoral, o incluso en el preelectoral, es preciso aprovechar todas las ocasiones. De todos modos, no haga mucho caso de esas sucias triquiñuelas; aquí en el espacio, a seiscientos años luz de la Tierra, no pueden afectarnos demasiado. Al menos, eso opino yo.

—Yo también, capitán.

—Lo celebro, doctora.

Un par de horas más tarde, estaban tapados todos los orificios. Ahora venía lo peor, se dijo Kynn.

—Tomaremos algo de alimento —propuso—. Luego tenemos mucho trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Trasladar los cadáveres y apilarlos en una de las bodegas, que dejaré comunicada con el vacio, pero estanca por dentro. De este modo, podrán conservarse hasta que lleguemos a Zyphog.

—Ah, entonces, piensa comunicar lo sucedido...

—Desde luego. Vamos a ver si funcionan las dispensadoras de comida.

* * *

Cuando terminaron la tarea, Kynn fue a la cámara de mando y emitió la señal de llamada interplanetaria. Alguien le contestó a los pocos momentos:

—Aquí Control Central de Zyphog. Adelante.

—Esta es la nave Salvat ion, de la Tierra. Comunica el ataque de una astronave pirata. Cincuenta de mis tripulantes han muerto. Soy el capitán Kirth Kynn. Conmigo está la doctora Lozzull. Somos los únicos supervivientes.

—Espere un momento, capitán. Mantenga la frecuencia. Voy a comunicarlo a mis superiores —dijo el operador.

—Enterado.

Un minuto después, se oyó otra voz distinta:

—Control Central llama a Salvat ion. Conteste.

—Aquí, Salvat ion, capitán Kynn. Le escucho, Control Central.

—Soy el Primer Director de Tráfico interplanetario. Usted está en los límites de nuestro sistema. Por tanto, cae dentro de nuestra jurisdicción. Me llamo Err Seng.

—Encantado, señor Seng. Estoy enterado de mi situación. Le han comunicado mi informe, supongo.

—Si. Cuente ¿cómo ha sido?

—Un torpedo con doce cabezas explosivas. Los impactos alcanzaron simultáneamente el costado de babor, de modo que, aunque hubo puertas estancas que funcionaron, los tripulantes no pudieron escapar. La doctora Lozzull estaba conmigo en el puente y así conseguimos salvarnos.

— Pero, los piratas, supongo, tratarían de saquear después su nave, capitán.

—Lo intentaron, en efecto, señor.

—¿Pudo escapar?

—No, señor. Contraataqué a mi vez y todos ellos murieron.

Sonó una enérgica interjección. Luego, Seng dijo:

— Perdone un momento, capitán. No se retire.

Kynn y Desia oyeron rumor de voces aunque no entendieron nada. A los pocos momentos, Seng volvió a hablar:

—Capitán, acaban de informarme que, dada su posición, la nave pirata no podía ser otra que la Xil-Ho, al mando del capitán Durrumbey, un individuo sanguinario donde los hubiera, lo mismo que sus secuaces. Si están muertos como afirma, Zyphog le debe eterna gratitud.

—No me deben nada, señor; lo hice porque era mi obligación.

—Gracias, capitán. Y ahora, díganos, ¿en qué podemos servirle nosotros? Le ayudaremos con mucho placer en todo lo que sea necesario.

—Señor, deseo enterrar a mis compañeros muertos. No me gustaría lanzarlos al espacio.

—Le complaceremos, capitán. ¿Algo más?

—Como ya sabe, se me encargó explorar esta zona del espacio y rescatar, en la medida de lo posible, a los miembros de la tripulación de la Del Lance, nave que zarpó de la Tierra hace casi seiscientos años.

—Lo sé. Continúe.

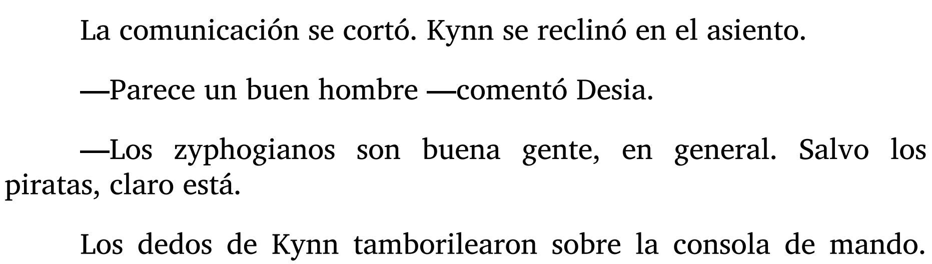
—Desearía hablar con la persona que recogió el primer mensaje, si es posible.

—Se trata del teniente Gauba, comandante de una de nuestras patrulleras. Le atenderá cuando estén en tierra.

—Eso es todo, señor.

—También pondremos a su disposición una cuadrilla de reparaciones, para realizar los trabajos que sean necesarios. Y me gustará invitarles a cenar a usted y a la doctora Lozzull.

—Aceptamos la invitación, señor.



La comunicación se cortó. Kynn se reclinó en el asiento.

—Parece un buen hombre —comentó Desia.

—Los zyphogianos son buena gente, en general. Salvo los piratas, claro está.

Los dedos de Kynn tamborilearon sobre la consola de mando. Ella observó su actitud pensativa.

—¿Qué ideas bullen en su mente, capitán?

Kynn hizo un gesto dubitativo.

—Estoy pensando, una vez más, en KT9. No se me ocurre qué significado pueda tener, doctora.

—Una cifra de identificación, tal vez. —apuntó la joven.

—¿Una cifra? —repitió él—. Puede ser... Doctora, ¿porqué no se acuesta un rato? Yo velaré cuatro horas; después la llamaré para que me releve.

—Pero no entiendo nada... —se asustó ella.

—Le enseñaré unos cuantos indicadores primarios. Bastará que observe la menor alteración en ellos, para que me llame y yo acudiré inmediatamente. Aquí hay un interfono conectado directamente con mi camarote ¿comprende?

—Sí, capitán. —Desia hizo un esfuerzo por sonreír— No sé si podré conciliar el sueño... He visto demasiados muertos de una vez...

—Al menos, tiéndase en la cama y relaje los nervios; le conviene.

—Diríase que el médico es usted y no yo, capitán.

—Es un simple consejo de sentido común —replicó Kynn.

* * *

La nave estaba sumida en completo silencio. Tan sólo se oían, espaciadamente y con muy tenues sonidos, algunos pequeños ruiditos de maquinaria que funcionaba perfectamente, algún relé que entraba en actividad, un engranaje que se movía intermitentemente... Pero eran unos ruidos que muy pocos habrían sido capaces de detectar.

Salvo en las zonas de uso más común, la oscuridad era casi completa. Una sombra se movió sigilosamente con un paquete en las manos.

El hombre cruzó un largo corredor, llegó a una escalera y descendió a la planta inferior. Al fondo se divisaba una puerta pintada de color rojo vivo, muy brillante.

En aquella puerta había un rótulo, pintado en grandes caracteres de color blanco:

PROHIBIDA LA ENTRADA

SIN TRAJE AISLANTE

La vestimenta del hombre no era precisamente la requerida por aquel rótulo prohibitivo pero ello no le importó en absoluto. Asió la manija y la hizo girar. Un mecanismo auxiliar movió la puerta, cuyo blindaje rebasaba ampliamente los treinta centímetros y dejó la caja que había llevado al otro lado, en el suelo. Levantó la tapa y retrocedió.

A continuación, cerró de nuevo. Pero no se marchó inmediatamente.

Colgado a la espalda, llevaba un singular artefacto. Era una especie de botella metálica, parecida a la de los submarinistas, aunque más pequeña, conectada por medio de una manguera flexible a una varilla metálica, que empuñó con la mano derecha.

Aquella varilla no era sino un soplete de alta potencia térmica, que en pocos momentos fundió parte del borde de la puerta con la jamba. A fin de evitar la posible acción del mecanismo de apertura, derritió también la manija, procurando profundizar unos centímetros, con el fin de conseguir el máximo de soldadura.

Una vez terminada la tarea, dio media vuelta y corrió hacia un departamento, señalado en la puerta con la inscripción: BOTE SALVAVIDAS N.° 3. Después de abrir, se sentó en el puesto del piloto.

La cúpula se cerró tras utilizar el mando correspondiente. El hombre apretó sucesivamente unas cuantas teclas. El aire de la cámara se vació. Una compuerta giró silenciosamente a un lado, dejando a la vista un enorme rectángulo negro, constelado de estrellas de todos los

colores.

Por último, el hombre presionó una palanquita y la pequeña astronave, que era denominada impropiamente bote salvavidas, fue proyectada al espacio.

En el momento de abandonar la Salvat ion, el hombre consultó su reloj de pulsera, Una sonrisa distendió sus labios. El rostro, iluminado por la luz verdosa del cuadro de mandos, parecía el de un demonio.

—Tienen cuarenta minutos de vida —murmuró para sí mismo.

En aquel momento, Kynn, a quien correspondía su turno de descanso, despertó sobresaltado. Pero aquel despertar tan brusco no se debía en absoluto al despegue del bote salvavidas.

CAPITULO V

Kynn se dio cuenta de que ya no podría seguir durmiendo y decidió volver a la cámara de mando. Después de mirar el reloj, se dio cuenta de que su sueño había durado poco más de tres horas. Por el momento, era suficiente.

Desia se sorprendió enormemente al verle.

—Aún no es hora, capitán —observó.

—Lo siento, y no lo tome por desconfianza hacia usted. Pero es que, en este caso, se ha hecho realidad el refrán ese de la consulta a la almohada.

—Ah, ha recordado algo durante el sueño —sonrió.

—Creo que sí, y precisamente he venido para comprobarlo... Eh, ¿qué es eso? —exclamó Kynn de repente.

—¿A qué se refiere, capitán?

Kynn señaló una batería de lámparas, que permanecían apagadas a excepción de una de ellas. El color era rojo vivo.

—Algo ha funcionado —dijo.

—No me he dado cuenta... Sólo me preocupé de los indicadores que usted me señaló. —se disculpó la joven—. Hay tantas cosas en esta consola,

—La culpa no es suya. Sí, en efecto, hay demasiados indicadores pero es preciso estar muy entrenado, para apreciar cualquier alteración en el primer instante.

—Bien, pero ¿qué significa esa luz roja? —preguntó Desia, sumamente intrigada.

—Cuando me fui a la cama, estaba apagada. Esas seis lámparas señalan otros tantos departamentos en donde se albergan los botes salvavidas. Cada vez que uno de ellos sale al espacio, la luz permanece encendida hasta su regreso.

—¿Está seguro de lo que dice, capitán?

—Absolutamente, Y, ¿sabe lo que eso significa?

Desia hizo un gesto negativo. Kynn añadió:

—El bote salvavidas zarpó después de que yo me echase a dormir, lo cual quiere decir que durante este tiempo, hemos tenido a otro superviviente a bordo, el cual ha permanecido escondido, lógicamente, hasta que encontró el momento apropiado para huir.

—Pudo ser uno de los piratas que pasaron a bordo y que consiguió salir con vida —apuntó ella.

—No. Sólo transbordaron cinco, lo recuerdo muy bien. Tuvo que ser uno de mis tripulantes, pero… ¿quién?

—Mejor que preguntase por su identidad, sería conocer los motivos de su actitud tan furtiva —dijo Desia.

—¿Sí?

—Soy psiquiatra, no lo olvide. Si ese hombre era un tripulante y permaneció escondido durante largas horas y ahora escapa sin avisar, es que sus intenciones no tienen nada de honestas.

—Quizá tenga razón, doctora.

—La tengo —afirmó Desia—. Capitán, pienso que ese hombre ha hecho algo malo.

—Todo funciona correctamente —aseguró Kynn.

—Haga una nueva comprobación, se lo recomiendo.

Cinco minutos después, Kynn terminó la revisión de los instrumentos.

—No hay nada anormal —dijo.

Pero se sentía profundamente preocupado. La normalidad en las indicaciones no era suficiente para que pudiera sentirse tranquilo del todo. La Salvat ion era un mecanismo harto complejo y provocar una avería de funestas consecuencias, sin que se supiese nada hasta el momento de producirse, no era nada difícil.

De pronto se le ocurrió una idea. Delante de él tenía una batería de teclas y empezó a tocarlas sucesivamente. A cada momento, aparecía en la pantalla la visión del interior de un departamento. La cámara que recogía las imágenes podía ser orientada por control remoto, de modo que se pudiera apreciar todo lo que había en el

interior del departamento observado.

La cuarta tecla trajo a la pantalla el interior del cuarto de generadores. Entonces, Kynn vio la caja abierta al pie de la puerta.

Frunció el ceño.

—Ese trasto no corresponde al departamento —murmuró.

Accionó el mando de aproximación.

—¡Hay un reloj! —gritó Desia.

A Kynn se le pusieron los pelos de punta.

—¡Una bomba! —exclamó.

—¿Es peligroso? —preguntó la joven.

Kynn observó la esfera del reloj de la bomba, que ocupaba casi toda la pantalla. Luego consultó el suyo.

—Dispongo solamente de veinticinco minutos —contestó, a la vez que daba media vuelta.

Desia le siguió en el acto a través de los puentes y los corredores, hasta llegar a la puerta roja. Kynn se dispuso a abrir, pero, en el mismo momento, apreció las señales de soldadura.

—¡Imposible pasar al otro lado! —exclamó.

* * *

Desia sintió que un helado escalofrío le recorría la espalda. Con ojos llenos de temor contempló al joven, quien parecía sumido en hondas reflexiones.

—Capitán, ¿qué puede pasar si explota la bomba? —preguntó agónicamente.

—Voy a ver si consigo evitarlo —respondió él.

Giró sobre sus talones y corrió a uno de los vestuarios, donde se embutió en un traje de vacío dotado de propulsor individual.

—Doctora, vaya al puente y conecte la tecla de televisión número once —indicó—. Así podrá verme actuar en el exterior del casco.

—Está bien.

—Abra la radio de corto alcance. Es la tecla R-10 y funciona.

—Entendido.

Desia echó a correr. Kynn se puso el casco. Momentos después, corría en busca de una de las esclusas.

En el momento de salir al espacio, consultó el reloj. La manga izquierda tenía un sector transparente en el antebrazo que permitía ver la hora. Ya sólo quedaban diez minutos.

La Salvat ion era un navío enorme, de más de setenta metros de diámetro por doscientos cincuenta de largo. El propulsor individual no permitía grandes velocidades era un aparato proyectado para moverse en los alrededores de la nave, durante posibles trabajos de reparación que únicamente podían realizarse en el exterior.

Kynn remontó el vuelo hacia la parte superior del casco. Desia le vio a través de la cámara con todo detalle. El joven se arrodilló en el metal y empezó a mover algo con las manos.

Era una pequeña rueda de cierre, que funcionó sin dificultades. En el vacío resultaba imposible percibir el chasquido de apertura de la trampilla, que permitía el acceso al interior de la nave. Un hueco de más de un metro de lado, quedó a la vista. Había una escalerilla metálica y Kynn la utilizó para descender hasta la cámara de generadores.

Una vez más miró el reloj. Habían transcurrido ya cinco minutos.

En las paredes de aquel pozo de casi treinta metros de profundidad, había puertas laterales que permitían el acceso a distintos sectores de la nave. Kynn rogó para que el saboteador no hubiera soldado también la puerta deseada. Casi chilló al ver que podía abrirla sin la menor dificultad.

—Doctora, estoy dentro de la cámara de generadora —anunció.

—Tenga cuidado, capitán —dijo ella aprensivamente.

Era un departamento enorme, con cuatro grandes bultos que parecían cáscaras de caracol gigante y muchos tubos de todas dimensiones, que iban y venían en una demencial mescolanza, sólo comprendida por los expertos. Kynn tuvo que agacharse en más de una ocasión, para poder llegar al fin hasta la bomba.

Faltaban dos minutos. De pronto, se dio cuenta con desesperación de un detalle siniestro.

—¡Doctora! ¡No puedo desarmar la bomba! —gritó—. Voy a tener que lanzarla al espacio.

—Oh, Dios mío… —se lamentó Desia.

Kynn cerró la tapa y se echó la caja bajo el brazo izquierdo. Acto seguido se lanzó como un desesperado hacia la escalera que le permitiría llegar al exterior. En aquel hueco tan reducido, le era imposible utilizar el propulsor; podía rebotar contra las paredes, con riesgo de sufrir golpes, si no irreparables, al menos lo suficientemente dañinos como para impedirle conseguir sus propósitos.

Desia le vio salir a través del hueco y lanzarse disparado hacia la popa de la nave. Kynn rebasó aquel punto y descendió un poco, desapareciendo de la vista de la joven.

Diez segundos después, se produjo la explosión.

Un tremendo relámpago disipó la noche sideral durante un tiempo brevísimo. Cuando se disipó aquel resplandor, Desia fijó la vista ansiosamente en la puerta que conducía a la entrada de los generadores.

La parte superior del casco continuó desierta. Desia comprendió que el capitán había muerto y se derrumbó sobre un sillón, terriblemente desmoralizada.

* * *

De pronto, oyó una voz y creyó que soñaba:

—Eh, ¿no hay un poco de café para un cazador fatigado?

Desia se quitó las manos de la cara, a la vez que se levantaba de un salto.

—Capitán, maldita sea, he estado llorando por usted… Creí que habría muerto… ¿Por qué no me dijo que estaba vivo?

Kynn se echó a reír.

—Se me olvidó —contestó—. Lo confieso, estaba un poco

nervioso.

Desia fue hacia la dispensadora de líquidos.

—Vi un gran resplandor...

—Tuve que situarme fuera de su campo visual. Cuando solté la bomba, quedaban menos de diez segundos para la explosión. —Kynn se llevó a la boca el vaso de café que ella acababa de entregarle—. Por desgracia, estos propulsores no son muy rápidos, por eso el impulso que di a la bomba no resultó demasiado grande. La verdad, tuve que meterme en uno de los escapes para protegerme de la explosión.

—¿No pudo desarmar la bomba en el sitio en que la encontró?

—No. El reloj estaba situado sobre una plataforma de metal, soldada a las paredes laterales de la caja, con solamente dos orificios para el paso de los cables de contacto. Todo lo demás, pila, explosivos, etcétera, se hallaba debajo de la plataforma. Ni siquiera me atreví a mover el reloj, muy bien sujeto por otra parte, temeroso de precipitar la explosión.

—Nos hemos salvado por los pelos —respiró ella.

—Una frase absolutamente exacta —convino Kynn—. Pero ¿quién diablos es el hijo de perra que nos traicionó de tal modo?

—Capitán, se me ha ocurrido una hipótesis.

—Dígala, doctora.

—Los piratas nos atacaron. El hombre que puso la bomba, consiguió escapar vivo. ¿No cree que ese mismo sujeto pudo avisar a los piratas de nuestra presencia en este sector del espacio?

—Es posible, en efecto. Y él, advertido secretamente de la hora del ataque, se escondió, aunque luego, al sabernos vivos, continuó oculto hasta que encontró la ocasión propicia para largarse.

—Dejando una bomba que nos hiciese saltar por los aires. Bueno, es una metáfora...

—No —contradijo Kynn—. La bomba, evidentemente preparada de antemano, no era para nosotros exclusivamente, aunque es preciso admitir que el sujeto lo había planeado así para después del ataque y el saqueo de la nave por los piratas.

—¿Podía destruir la nave?

—En el punto donde estaba situada, sí. La explosión hubiera taponado los conductos de plasma, ahora apenas activos pero, al quedar cegados, la presión acumulada los habría hecho estallar inevitablemente. La explosión se habría propagado a los generadores, lo cual habría sido la causa de que se encendiese un pequeño sol. La Salvat ion habría quedado reducida literalmente a cenizas.

—Y eso, ¿con qué objeto?

Kynn señaló el cuadro de mandos.

—Alguien habló con los piratas. La conversación quedó grabada pero el traidor no se atrevió a romper los sellos que precintan el lugar en que se encuentran las cintas grabadoras. Eso es algo que no puede hacerse sino en presencia del capitán y dos oficiales más, si se está en el espacio y de un comisario inspector, cuando se vuelve de regreso de un viaje.

—Entiendo. De modo que, por medio de esas cintas, podremos conocer la identidad del traidor.

—Exactamente.

—¿Piensa examinar las grabaciones?

—Sí, aunque no en este momento. Por ahora estamos vivos y eso es lo que más nos interesa. El hombre que permitió la muerte de sus cuarenta y nueve compañeros ha escapado pero ya le daremos caza algún día.

—Lo deseo de todo corazón —dijo Desia fervientemente—. Capitán...

Kynn sonrió.

—Muchacha, vamos a dejar de lado los tratamientos —sugirió—. Me llamo Kirth.

—Yo. Desia.

—Muy bien, Desia. ¿Qué ibas a decirme?

—Primero, ¿por qué nos dio tanto tiempo el traidor?

—La respuesta es sencilla. Su bomba resultaba inefectiva a cien metros de distancia y menos en el espacio, donde no hay onda explosiva. Pero si la nave hubiera estallado, las radiaciones podrían haberle alcanzado con efectos letales. El fogonazo solar habría tenido

un diámetro no inferior a los veinticinco o treinta millones de kilómetros.

—Enterada. Segunda pregunta: ¿qué has recordado durante el sueño?

—KT9 —contestó él—. Creo saber de qué se trata, pero no podré decirte nada, hasta haber consultado en el ordenador todos los antecedentes de cuantos componían la tripulación de la Del Lance.

CAPITULO VI

Kynn se situó frente a la máquina, provista de una gran pantalla, en la que aparecían gráficamente las respuestas deseadas que podían reproducirse también en letra impresa, si se estimaba necesario. Pero antes de que pudiera empezar el trabajo, Desia le hizo una petición:

—¿Dónde tienes los expedientes personales de todos tus tripulantes?

—¿Por qué lo dices? —quiso saber él.

—Resulta un tanto curioso. Eres el capitán y todavía no te has preocupado de averiguar quién es el traidor.

—No creas. —Kynn sonrió amargamente—. Demasiado me he devanada los sesos, pero no tengo la menor idea de quién pueda ser.

—En cambio, a mí sí se me ha ocurrido una idea que puede dar buenos resultados. A fin de cuentas, soy psiquiatra y eso implica, modestia aparte, unos conocimientos profundos de psicología.

—Creo que comprendo tus intenciones. Está bien, ve a mi cámara. Verás un armario metálico, con tres cajones. Está cerrado con una combinación verbal que sólo yo conozco.

—Capitán desconfiado de sus oficiales, ¿eh?

—Los informes eran buenos, pero aún no habíamos tenido tiempo de intimar. El trato personal vale tanto o más que los papeles escritos.

—Eso sí es cierto. Bien, ¿cuál es la conversación?

—Sólo tienes que situarte enfrente y pronunciar una frase: «Las rosas de otoño saben mejor con pan y mantequilla.»

Desia le miró incrédula.

—Estás de broma —dijo.

—Te juro que es la verdad. ¿No has probado nunca las rosas, entre dos rebanadas de pan, bien untadas de mantequilla? Es un bocado exquisito...

Ella se marchó, con los brazos levantados, como poniendo al cielo por testigo de que no era culpable de aquel desvarío. Cuando salía de la cámara, oyó una alegre carcajada a sus espaldas.

Pero la contraseña verbal era auténtica y el cierre se desbloqueó. Apenas tuvo abierto el armario, se enfrascó en el estudio de los expedientes personales de cada uno de los tripulantes de la Salvat ion.

Mientras, frente al ordenador ya en funcionamiento, Kynn veía aparecer en la pantalla todos los datos de cada uno de los tripulantes de la Del Lance. Desia había pronunciado una frase, lo que le había dado una idea, precisamente la que le había despertado tan súbitamente, después de no haber reparado apenas en las palabras de la doctora.

Un nombre apareció de pronto en la pantalla:

—Redman, Yuss Lark, B. N. 445.570.022, 31 años, nacido el 5-5-2140, soltero, guardiamarina...

Más nombres fueron apareciendo sucesivamente ante los ojos de Kynn. El joven se dio cuenta de que todos los datos recibidos tenían un punto común.

Las cifras de identificación personal se componían de dos o tres letras, pero, inevitablemente, eran seguidas por nueve guarismos. Sin embargo, y hasta aquel momento, no había salido ningún nombre en cuya identificación figurase solamente la cifra 9.

De pronto, cuando ya desesperaba de lograr algo positivo, vio surgir un nombre ante sus ojos:

—Grand, Ubo William, K. T. 111.111.111...

Kynn se puso rígido.

—Una notable coincidencia —murmuró.

Hasta aquel momento, era el único tripulante en cuya identificación figuraban las iniciales K.T. Habían aparecido «kas» y «tes», pero, hasta aquel momento, nunca juntas y menos en el mismo orden en que habían sido mencionadas en el misterioso mensaje que había sido causante de la expedición de rescate.

Murmuró:

—K. T... uno, uno, uno... uno, uno, uno... uno, uno, uno...

Aquel número se leía: ciento once millones, ciento once mil, ciento once. Una verdadera rareza, ciertamente, pero estudiándolo de tal manera, no se conseguía nada positivo, se dijo.

Contó los unos. Había nueve.

Una terrible sacudida recorrió su cuerpo. Nueve guarismos iguales, nueve unos...

—¡Claro! —gritó—. ¡Ahí está la solución!

En la pantalla, estaba todo el historial de Ubo W. Grand:

—Segundo comandante de la nave, carácter abierto, extrovertido, jovial, amante de la broma, perfecto cumplidor de sus obligaciones, incluso hasta más allá de lo que señalan las ordenanzas...

«Amante de la broma», repitió Kynn mentalmente.

Sintió un escalofrío. Si lo que estaba pensando era cierto...

Desia entró de pronto en la cámara, con unas carpetas en las manos.

—Kirth, he seleccionado tres sospechosos para que podamos estudiar juntos sus expedientes —exclamó.

Kynn se volvió hacia ella.

—Y yo he descubierto, al fin, la clave que significa K. T. 9.

—¿De veras? —dijo Desia, muy interesada.

Kynn le señaló la pantalla:

—Mira esa cifra. K. T. y nueve unos. Corresponde al segundo de a bordo. Debía de estar tan apurado de tiempo, que dijo simplemente K. T. 9, porque le resultaba imperativo emitirlo cuanto antes.

—¡Pero eso ocurrió hace unas pocas semanas, Kirth!

—Exactamente.

Desia le miró con ojos muy abiertos. Súbitamente, de golpe, acababa de comprender la verdad.

—Oh, no... eso no puede ser... ¡Imposible, Kirth! ¿Lo oyes? Nadie puede vivir seiscientos años. No, no, yo no lo creo... ¡Dios mío, los tripulantes de la Del Lance, vivos después de seis siglos! Pero si esto parece una historio mitológica...

—En cambio, yo sí lo creo —dijo Kynn muy serio—. Estoy absolutamente convencido de que esos tripulantes, al menos una parte de ellos, están aún con vida.

Un denso silencio gravitó de pronto sobre la cámara de mando, Kirth y Desia se contemplaban fijamente, frente a frente, sin pronunciar una sola palabra, abrumados por el peso de aquella inesperada revelación.

* * *

Kynn fue el primero en hablar:

—Está bien, Desia; por ahora debemos dejar de lado este descubrimiento. Ni siquiera lo comunicaré a la Tierra, porque tampoco me creerían. Además, tampoco sabemos dónde pueden estar esos supervivientes.

—O sus descendientes —dijo ella con voz tirante.

—Si fuese así, ¿por qué utilizar la cifra de identificación? Le habría resultado más cómodo emplear su propio nombre, ¿verdad? Pero no, dio el nombre de la nave, su crítica situación y luego repitió innumerables veces K, T. 9, como si quisiera que alguien se fijase especialmente en este dato. ¿No has estudiado psicología, tú?

Desia asintió.

—Sí, puede ser que tengas razón —dijo a media voz—. Pero, seiscientos años...

—Este es un enigma que no podemos resolver, por el momento —exclamó el joven—. Y mientras tanto, tenemos trabajo que hacer. Veamos, ¿qué has conseguido descubrir?

Desia reaccionó y abrió una de las carpetas:

—Alph Hainass, tercer oficial, soltero, carácter muy vivo, impaciente... Paso por alto otros detalles que no son del caso... Hace tres años, estuvo sometido a proceso por pegar a un tripulante. Se demostró su inocencia. Durante el juicio, declaró al tribunal que la denuncia era falsa y que algún día se vengaría del hombre que le había causado aquel perjuicio.

—¿Y por eso le consideras sospechoso? —se asombro Kynn.

—Kirth, a veces una persona, con tal de vengarse de la que le ha hecho daño, actúa irrazonablemente, sin reparar en los daños que él pueda causar a otros. Sólo su venganza le importa, ¿comprendes?

—O sea, con tal de que muriese su enemigo, no le importaba que muriesen cincuenta personas más.

—Exacto. Pero aquí tenemos el segundo sospechoso. Nombre: Dimmus Kathan, ingeniero de cuarto grado; quiero decir, que a pesar de tener el título profesional, no había subido demasiado en la escala de ingenieros astronáuticos. A los cuarenta años, tenía que ser ya primer ingeniero.

—Un tipo resentido.

—Sí. También un asesino en potencia.

—Los tipos resentidos por su retraso en la profesión no suelen culparse nunca a sí mismos, sino que achacan la culpa a los demás. Por tanto, pueden llegar al estallido y ser capaces de provocar una catástrofe con tal de vengarse.

—Y de este modo, sacian su resentimiento. Tercer sospechoso: Darrell Cullenby, electricista suplente, competente, introvertido...

—¡Un momento! —exclamó él—. ¿Cuántos años tiene Cullenby?

Desia consultó la carpeta que tenía en las manos.

—Treinta y ocho —respondió.

Kynn se volvió hacia la computadora, y efectuó una consulta. A los pocos minutos, vio aparecer un nombre en la pantalla:

—Darrell Cullenby, 38 años, electricista jefe...

—¡Oh, no! —gritó Desia.

—En la Del Lance era jefe electricista y aquí solamente ayudante pero, con toda seguridad, porque no pudo encontrar otro puesto mejor. Sin embargo, lo aceptó, porque quería evitar que rescatásemos a los otros supervivientes.

Desia se pasó una mano por la frente.

—Kirth, creo que me voy a volver loca —manifestó—. Un hombre que ha vivido seiscientos años... Pero ¿cómo pudo regresar a la Tierra? ¿Por qué no fue capaz de informar que aún había supervivientes de la Del Lance?

—Olvidas una cosa —dijo él, sonriendo.

—¿Cuál, Kirth?

—Si el Cullenby de la Del Lance y el nuestro son una misma persona y todo parece indicarlo así, ¿por qué quiso evitar que rescatásemos a sus compañeros?

—Es verdad —dijo Desia—. Es una actitud realmente incomprensible, Kirth.

—Conoceremos los motivos de su actitud, cuando le pongamos la mano encima —manifestó él con severo acento—. Siempre he respetado a las personas de edad, pero, aunque Cullenby tenga seiscientos años, le voy a sacudir como si fuese una estera,

De repente, se oyó un tintineo.

—Es la radio —dijo Kynn.

Se acerco a la consola y movió una palanquita:

—Astronave Salvat ion, al mando del capitán Kynn. Hable, por favor.

—Soy el teniente Alien Gauba, nave de patrulla 22-23, de las fuerzas armadas de Zyphog. Capitán, el jefe Seng me informó que usted deseaba entrevistarse conmigo.

—Así es, teniente.

—Mi patrulla durará todavía un par de semanas. He pedido permiso al centro de control para salir a su encuentro y me lo han concedido.

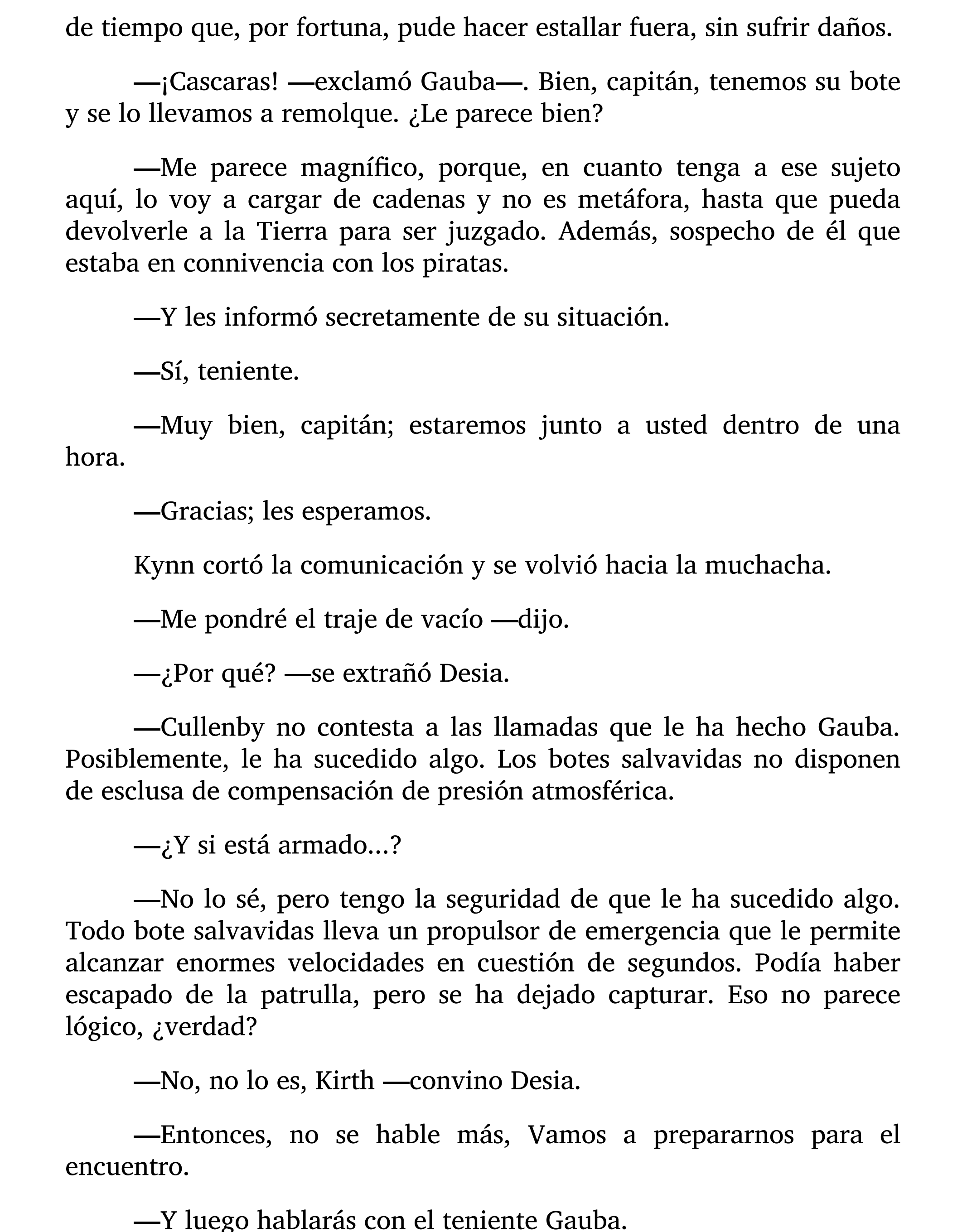
—Entonces, ¿viene hacia aquí?

—En efecto, señor. Pero, además, tengo una noticia interesante.

—Hable, teniente.

—Hemos encontrado uno de sus botes salvavidas. Tratamos de comunicarnos con sus posibles tripulantes pero no hemos recibido la menor respuesta. ¿Se les escapó a ustedes, tal vez, en una maniobra inadvertida o como consecuencia del ataque de los piratas?

—No —contestó Kynn—. Había un superviviente mas a bordo de la nave, pero no lo supimos hasta que fue demasiado tarde. Ese individuo escapó en el bote, después de habernos dejado una bomba



de tiempo que, por fortuna, pude hacer estallar fuera, sin sufrir daños.

—¡Cascaras! —exclamó Gauba—. Bien, capitán, tenemos su bote y se lo llevamos a remolque. ¿Le parece bien?

—Me parece magnífico, porque, en cuanto tenga a ese sujeto aquí, lo voy a cargar de cadenas y no es metáfora, hasta que pueda devolverle a la Tierra para ser juzgado. Además, sospecho de él que estaba en connivencia con los piratas.

—Y les informó secretamente de su situación.

—Sí, teniente.

—Muy bien, capitán; estaremos junto a usted dentro de una hora.

—Gracias; les esperamos.

Kynn cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Me pondré el traje de vacío —dijo.

—¿Por qué? —se extrañó Desia.

—Cullenby no contesta a las llamadas que le ha hecho Gauba. Posiblemente, le ha sucedido algo. Los botes salvavidas no disponen de esclusa de compensación de presión atmosférica.

—¿Y si está armado...?

—No lo sé, pero tengo la seguridad de que le ha sucedido algo. Todo bote salvavidas lleva un propulsor de emergencia que le permite alcanzar enormes velocidades en cuestión de segundos. Podía haber escapado de la patrulla, pero se ha dejado capturar. Eso no parece lógico, ¿verdad?

—No, no lo es, Kirth —convino Desia.

—Entonces, no se hable más, Vamos a prepararnos para el encuentro.

—Y luego hablarás con el teniente Gauba.

—Sí, claro.

—¿Crees que él puede darte una pista valiosa acerca del origen de la llamada de socorro?

—Estoy seguro de ello —contestó Kynn con voz firme.

CAPITULO VII

Las dos naves se aproximaron a la Salvat ion con gran lentitud. La de patrulla era de un tamaño aproximadamente doble que el del bote salvavidas pero, aun así, comparadas ambas con la astronave, parecían insignificantes. El bote salvavidas tenía escasamente quince metros de longitud y la patrullera unos treinta y dos.

Los arpeos electromagnéticos de la patrullera hicieron su tarea. Un hombre, con traje espacial, salió fuera inmediatamente. Kynn, ya equipado, fue a su encuentro.

—Teniente Gauba? Soy el capitán Kynn —dijo, a través de la radio de su casco.

—Encantado, capitán. Bien, aquí tiene su bote.

—Gracias, ha hecho una buena labor. ¿Ha mirado en su interior?

—El único tripulante permanece inmóvil. No sé qué le ha pasado; tal vez está desvanecido, señor.

—Si es así, la tarea resultará más fácil —dijo Kynn ceñudamente.

Con gran lentitud, voló hacia el bote seguido de Gauba. Desde la cámara de mando, Desia contemplaba las operaciones con infinita atención a través de la pantalla.

Kynn llegó junto al bote y miró a través de los cristales de la cabina de pilotaje. Cullenby estaba allí, sentado ante los mandos, completamente inmóvil, pero no se podían apreciar más detalles, porque estaba vestido con traje de vacío.

—Tendré que trasladarlo a la nave —dijo.

—Le ayudaré, capitán —se ofreció Gauba.

—Muchas gracias, teniente.

Kynn buscó el mando externo de apertura. Puesto que Cullenby estaba protegido por su traje de vacío, no le importaba dejar sin aire el interior del bote.

La inmovilidad del traidor era absoluta. Kynn reflexionó unos

momentos y, al fin, llamó a la doctora.

—Desia, a Cullenby le ha sucedido algo —dijo.

—Estaré preparada en la enfermería —contestó ella.

—Muy bien.

Kynn levantó una tapa y presionó con el pulgar un botón de color rojo vivo. La tapa acristalada de la cabina se levantó en el acto.

Luego pasó al interior y soltó las correas que aún sujetaban el cuerpo de Cullenby al asiento. A continuación, asió uno de los brazos del sujeto. Gauba agarró el otro.

La máscara azulada del casco, impedía ver las facciones de Cullenby. Los dos hombres, con la ayuda de sus propulsores individuales, se elevaron lentamente primero y luego se movieron horizontalmente hacia la esclusa de la nave. Apenas los vio Desia, abandonó la cámara y corrió hacia la enfermería.

Minutos más tarde, Kynn y Gauba se quitaban los cascos. Cullenby, todavía inmóvil, yacía en el suelo de la esclusa.

Kynn sonrió.

—Celebro verle la cara, teniente —dijo—. Dentro de unos minutos, tendré el placer de ofrecerle una copa de buen vino terrestre.

Gauba, un hombre joven, poco más que un muchacho, de aspecto agradable, se echó a reír.

—Si conoce mi nombre, capitán, sabrá que soy descendiente de unos inmigrantes terrestres —exclamó con jovial acento—. Pero eso no me permite comprar en Zyphog una botella de vino terrestre; me costaría el sueldo de dos meses.

—Ahora tenemos existencias de sobra en la bodega de provisiones —dijo Kynn, súbitamente serio al pensar en sus tripulantes muertos. Inspiró con fuerza y se inclinó, para levantar en vilo el cuerpo de Cullenby—. Por favor, sígame, teniente.

—Sí, señor.

Momentos después, estaban en la enfermería, donde ya aguardaba Desia, equipada con bata y pantalones blancos.

—Ponlo ahí, Kirth —indicó la mesa de reconocimiento.

—Teniente, le presento a la doctora Lozzull —dijo el joven—. Desia, éste es Alien Gauba.

—Mucho gusto, doctora.

—Encantada, teniente. Kirth, quítale el casco.

—Sí, ahora mismo.

Desia estaba preparada con el fonendoscopio. Kynn se inclinó un poco y soltó las presillas que unían el casco al cuello del traje. Hizo girar el casco un cuarto de vuelta y luego tiró hacia afuera.

En el mismo instante, sonó un chillido de espanto.

Gauba retrocedió un paso, espantosamente pálido.

Kynn cerró los ojos. Era una visión increíble.

Alucinante, horrenda.

* * *

Kynn había conocido a todos los miembros de su tripulación personalmente, aunque con unos había tenido más trato que otros, en el breve espacio de tiempo que habían estado juntos. Con Cullenby había cambiado solamente unas pocas palabras, primero para saludarle en el momento de abordar la nave y luego en un par de ocasiones más, por asuntos profesionales.

Cullenby había sido un hombre de unos treinta y ocho años, de rostro severo, muy serio, en apariencia incapaz de reír y de pocas pero sensatas palabras. Ahora... apenas parecía un ser humano.

La piel de su rostro aparecía terriblemente arrugada, como si cientos de años le hubieran caído repentinamente encima. Su rostro, de contornos normales, aparecía ahora chupado, con la piel literalmente pegada a los huesos. Aquel rostro parecía el de una momia, de color terroso y con los huesos señalándose con toda claridad bajo una epidermis que había perdido la mayor parte de su grosor, hasta convertirse apenas en una película surcada por infinidad de arrugas.

Gauba fue el primero en romper el silencio provocado por la horripilante visión.

—Capitán, ¿llevaban ustedes a bordo a un hombre tan viejo? —exclamó.

Kynn hizo un gesto negativo.

—Cuando yo lo conocí, tenía treinta y ocho años —respondió. Empezó a reaccionar—. Desia, tendrás que reconocerle. Y hasta hacerle la autopsia, si es preciso.

—Muy bien —contestó la doctora, ya rehecha de aquella fantástica sorpresa—. ¿Por qué no le quitan el traje de vacío?

Los dos hombres asintieron. Momentos después, el cadáver quedaba completamente desnudo.

Era un espectáculo deprimente. Los huesos resaltaban contra una piel que parecía haber envejecido cientos de años en pocas horas. En el vientre apenas si quedaban vísceras y los huesos de la pelvis surgían picudos hacia arriba. En la boca entreabierta de Cullenby, los dientes componían, una sonrisa macabra.

Desia buscó unos guantes de goma.

—Será mejor que me dejen sola, caballeros —solicitó—. Les informaré cuando haya terminado.

—Está bien —contestó Kynn—. Teniente, creo que ahora es la ocasión de tomarse la copa que le ofrecía antes.

—La necesito de veras —admitió Gauba.

* * *

Kynn y su invitado estaban en la cámara del primero, delante de la mesa de mapas. Gauba, con compás y regla estaba haciendo unos cálculos en la carta astronáutica del sistema de Zyphog.

—La llamada procedía de este sector —dijo al cabo de unos minutos—. Considerando mi posición en aquellos momentos, se podría tomar mi nave como el vértice de un cono, cuyo ángulo no es superior a los doce grados. Pero la base, en cambio, puede alcanzar decenas de millones de kilómetros.

Kynn señaló un punto con el dedo índice.

—Veo aquí un conjunto de asteroides, a unos treinta y seis millones de kilómetros de la posición que ocupaba usted —manifestó.

—Sí, es el Cúmulo Remm —identificó Gauba—. Son los restos de un planeta gigante, que estalló, se calcula, hace unos dos mil quinientos millones de años. La explosión dio origen a numerosos cuerpos celestes, algunos de ellos casi tan grandes como el planeta Tierra. Varios de esos asteroides que por su tamaño, naturalmente, no merecen un nombre que se les sigue aplicando por pura rutina, son habitables, aunque, hasta ahora, no se ha organizado en Zyphog ninguna expedición colonizadora.

—No tienen ustedes espíritu aventurero —sonrió Kynn.

—En Zyphog somos apenas cincuenta millones de seres humanos. Un día, inevitablemente, la población crecerá y necesitaremos expandirnos, pero ese día está aún muy lejano.

—Claro, no vale la pena colonizar un mundo nuevo, cuando en el propio queda todavía mucho por explorar.

—Justamente, capitán. Es cierto que se han realizado algunas misiones de exploración en el Cúmulo Remm, pero por puro carácter científico y sin demasiado interés. Los zyphogianos nos miramos demasiado el ombligo.

Kynn se echó a reír.

—Es un modo muy práctico de ser felices — convino—. Bien, usted no se siente en condiciones de señalar el punto exacto del que provenía la llamada.

—No, señor —respondió Gauba—. Fue una llamada que nos cogió enteramente por sorpresa, en primer lugar; y luego duró muy poco, apenas un minuto. Cuando quisimos reaccionar, era ya tarde. Lo único que puedo hacer es señalar la dirección aproximada del origen de la llamada pero eso es todo.

—Tendremos que recorrer todo el Cúmulo —dijo Kynn pensativamente.

—Puede ser una tarea muy larga. Hay cientos de asteroides...

—Lo sé. Sin embargo, disponemos de medios de comunicarnos con los supervivientes de la Del Lance. No sólo tendré la radio continuamente en funcionamiento, sino que dispongo de bengalas en gran cantidad. Naturalmente, no son bengalas comunes, sino de gran potencia luminosa, casi como pequeños soles.

—Y usted confía en que los náufragos vean esos resplandores.

—Así es, teniente. Muy pronto se darán cuenta de que los chispazos tienen un origen artificial y contestarán para anunciarnos su presencia.

—¿Cómo, señor?

Kynn sonrió imperceptiblemente.

—Si están en un planeta habitable, habrá bosques... y nada más fácil que pegar fuego a un grupo de árboles. El humo de una hoguera, señala siempre la presencia de seres humanos.

—Puede ser una buena solución, sí, señor —convino Gauba—. Si disponían de transmisor de radio, es evidente que se les ha estropeado irreparablemente, puesto que no se han vuelto a captar más llamadas. A partir de ese momento, se montó una guardia permanente en el Centro de Control, pero el silencio ha sido absoluto en todo instante.

—Muy bien, teniente. ¿Otra copa?

Gauba sonrió complacido.

—No podría rechazarla, capitán —contestó.

Desia entró en aquel momento. Estaba muy pálida.

—Como médico, me receto un trago —dijo.

Kynn le entregó una copa llena.

—Ahí va.

Desia tomó un par de sorbos. Luego miró sucesivamente a los dos hombres.

—Es lo más asombroso que he visto en mi vida —exclamó.

—¿Qué le ha pasado a Cullenby?

—Senilidad. Acelerada hasta un grado increíble. El cuerpo que he examinado es, médicamente hablando, el de una persona de seiscientos años.

—Horrible —calificó Gauba.

Kynn se acarició el mentón con gesto pensativo.

—No cabe la menor duda de que el cadáver es de Cullenby.

Hace seiscientos años que nació, y lo incomprensible es que hasta hace solamente unas horas se haya conservado con su apariencia normal. Pero éste es un hecho que aclararán los expertos en su momento. Todavía hay algo más incomprensible.

—¿Sí, Kirth? —dijo Desia.

—Cullenby consiguió llegar a la Tierra y no sólo no avisó de su presencia en el planeta, ni comunicó tampoco la existencia de supervivientes de la Del Lance, sino que consiguió enrolarse en mi nave, con ánimo evidente de destruirla. ¿No les parece a ambos que éste es un enigma de dimensiones incalculables?

—El punto oscuro estriba en la forma en que Cullenby consiguió llegar a la Tierra. Una vez allí, su enrolamiento en la Salvat ion no le resultó demasiado difícil.

—Le costaría dinero, supongo —intervino Gauba.

—¿Cómo? —exclamó Kynn.

—Bueno, tuvo que vivir algún tiempo en la Tierra... y, además, falsificar documentos. Había sido ingeniero electricista y ahora se presentaba simplemente como ayudante.

—Sí, claro. ¿De dónde diablos pudo sacar el dinero?

Kynn se volvió repentinamente hacia la joven.

—Desia, es preciso conservar el cadáver de Cullenby hasta que regresemos a la Tierra —dijo—. Allí podrán examinar hasta la última partícula de su cuerpo.

—Está bien, lo meteremos en un frigorífico.

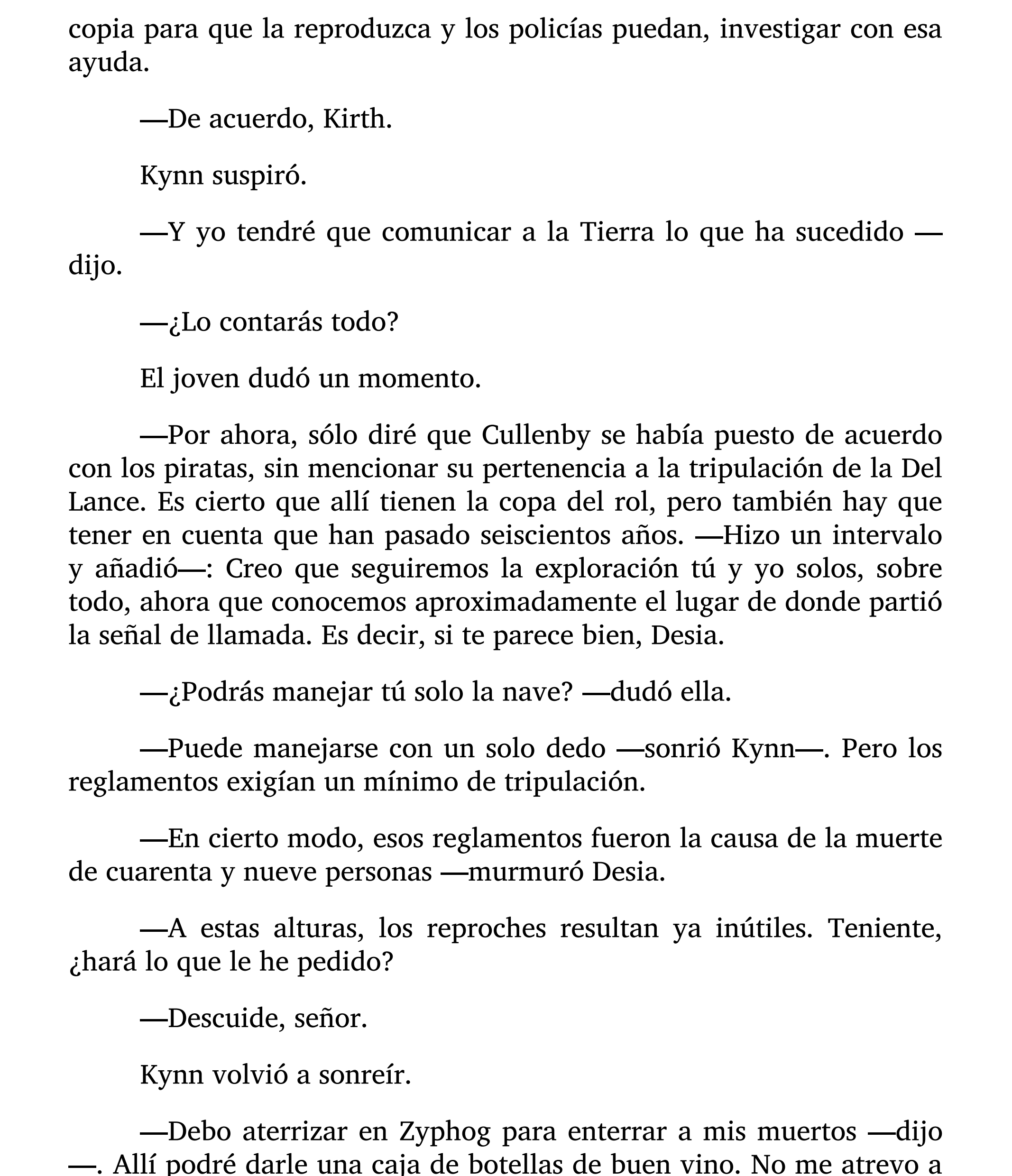
—Tengo elementos a bordo Prepararé una caja metálica y la sellaré con soldadura —Kynn se volvió hacia Gauba—. Teniente, voy a encomendarle una tarea, con permiso de sus superiores, claro.

—Sí, señor.

—Deseo que investigue en las compañías de viajes interestelares. Es obvio que Cullenby tuvo que tomar pasaje en una nave de las que cubren la espaciolínea Zyphog-Tierra. Desia, tú examinaste el expediente personal de Cullenby.

—Si, es cierto.

—Hay en él una fotografía de Cullenby. Le daremos a Gauba una



copia para que la reproduzca y los policías puedan, investigar con esa ayuda.

—De acuerdo, Kirth.

Kynn suspiró.

—Y yo tendré que comunicar a la Tierra lo que ha sucedido —dijo.

—¿Lo contarás todo?

El joven dudó un momento.

—Por ahora, sólo diré que Cullenby se había puesto de acuerdo con los piratas, sin mencionar su pertenencia a la tripulación de la Del Lance. Es cierto que allí tienen la copa del rol, pero también hay que tener en cuenta que han pasado seiscientos años. —Hizo un intervalo y añadió—: Creo que seguiremos la exploración tú y yo solos, sobre todo, ahora que conocemos aproximadamente el lugar de donde partió la señal de llamada. Es decir, si te parece bien, Desia.

—¿Podrás manejar tú solo la nave? —dudó ella.

—Puede manejarse con un solo dedo —sonrió Kynn—. Pero los reglamentos exigían un mínimo de tripulación.

—En cierto modo, esos reglamentos fueron la causa de la muerte de cuarenta y nueve personas —murmuró Desia.

—A estas alturas, los reproches resultan ya inútiles. Teniente, ¿hará lo que le he pedido?

—Descuide, señor.

Kynn volvió a sonreír.

—Debo aterrizar en Zyphog para enterrar a mis muertos —dijo —. Allí podré darle una caja de botellas de buen vino. No me atrevo a pasarlas a su nave, a través del espacio. El contenido se helaría y haría estallar el recipiente de vidrio.

—¿Por qué no usan botellas metálicas? —preguntó Gauba.

—Teniente, cientos de años no han servido para que los científicos consigan mejorar algo tan simple como el vidrio y el corcho, únicos elementos que garantizan la estabilidad de un buen vino.

—Sí, tiene usted razón —convino Gauba con una sonrisa.

—Bien, ya no podemos perder más tiempo —exclamó Kynn—. ¡Al trabajo!

CAPITULO VIII

Fue una ceremonia solemne y conmovedora, presidida por el propio presidente de Zyphog, acompañado de todo su gobierno en pleno y también del embajador de la Tierra. Un batallón de guardias del espacio rindió los honores correspondientes y luego, un piquete efectuó tres salvas de fusilería, como en una ceremonia que apenas había sufrido modificaciones con el transcurso de los siglos.

Más tarde, en un acto privado, el presidente de Zyphog impuso al joven una importante condecoración, como recompensa por haber destruido una banda de piratas, plaga que aún no había podido ser erradicada por completo. Asimismo, el presidente dijo a Kynn que podía contar con toda la ayuda necesaria para encontrar a los supervivientes de la Del Lance, extremos ambos que el joven agradeció con corteses palabras.

Al día siguiente, Kynn fue convocado al despacho del embajador de la Tierra.

—Tengo un mensaje urgente para usted —dijo el diplomático, a la vez que le entregaba un papel—. Es de Marv Laski.

—¡Hum! —gruñó Kynn.

Leyó el documento. Se refería a Cullenby:

> «Se ha encontrado el mismo nombre en el rol de embarque de la Del Lance. Puede ser una simple coincidencia pero nos gustaría conocer más detalles de los sucesos. El primer Cullenby era, efectivamente, ingeniero electricista pero no llegó a conseguir el doctorado. Su tesis resultaba un tanto extraña, sobre todo, teniendo en cuenta el grado obtenido y el título era: "Consecuencias en el organismo humano de la paradoja temporal Dreiser-Grant". El tribunal examinador rechazó la tesis. Los antecedentes hablan de una crisis espiritual que pareció haber resuelto favorablemente, por lo que se le admitió como miembro de la tripulación de la Del Lance. Investigue e informe.»

Aquí concluía el mensaje. Kynn dobló el papel y lo guardó

cuidadosamente.

—Gracias, señor.

—¿Cuándo zarpa usted, capitán? —quiso saber el embajador.

—Hay un equipo de inspección de averías a bordo de mi nave. Apenas me comuniquen el O. K, levantaré el vuelo.

—No será una misión fácil, capitán.

—Nunca esperé que lo fuera, señor.

Una semana más tarde, Kynn recibió la noticia de que su nave estaba en perfectas condiciones. No quiso esperar ni un minuto más y se dispuso a la partida.

Momentos antes de zarpar, llegó el teniente Gauba.

—Tengo noticias para usted, capitán —dijo.

—Hable —pidió el joven.

—Cullenby llegó aquí en un bote salvavidas, que ha aparecido destrozado, sin duda por un aterrizaje defectuoso, en un profundo barranco situado a cincuenta kilómetros al sur de la capital. Cubrió a pie esa distancia y durante algunos días, se hospedó en una posada de fama poco recomendable, en uno de los barrios bajos. Allí acuden muchos piratas, en fin, maleantes de una nave para que le llevase a la Tierra.

—¿Una nave pirata viajando hasta la Tierra? —se asombró Kynn.

—La Xil-Ho, capitán Durrumbey.

—Fantástico, teniente.

—Muchas veces, las naves piratas se presentan como honestas astronaves de carga. Y efectúan viajes comerciales, hasta que se les presenta la ocasión propicia.

—Una astronave fácil de atacar.

—Justamente. Por si le parece poco, le diré que un equipo de rescate ha llegado hasta la Xil-Ho y ha encontrado en la caja fuerte del capitán cierta cantidad de oro-2.

—¿Oro-2?

—Sí. Es un isótopo del oro normal, cuya densidad es doble, lo que significa mayor peso. Ese isótopo sólo se consigue en los laboratorios, pero hasta ahora no se había encontrado en estado natural como es el que había a bordo de la Xil-Ho.

Kynn entornó los ojos.

—¿Cree que fue Cullenby el que halló el oro-2 en el Cúmulo Remm?

—Señor, pienso que es usted el que debe encontrar la respuesta —dijo Gauba.

—Sí, es cierto.

Desia entró en aquel momento con una botella y tres copas.

—Teniente, el trago de la despedida —dijo.

A Gauba le chispearon los ojos de inmediato.

—Esto es vida —exclamó alegremente.

* * *

La Salvat ion se lanzó a toda velocidad hacia el Cúmulo Remm. Kynn disponía ahora de una detalladísima carta de aquel conjunto de asteroides, apenas explorados y en uno de los cuales, ya no cabía la menor duda, se encontraban los supervivientes de la Del Lance.

Sentado en su butaca, contemplaba fijamente el espectáculo del cielo estrellado, a través de las lucernas. El cristal roto había sido repuesto en Zyphog.

Desia entró y se sentó a su lado.

—¿En qué piensas, Kirth?

—La distancia hasta el Cúmulo Remm es grande, pero la salvaremos en un par de días, a la velocidad que llevamos. El Cúmulo tiene forma lenicular, con un diámetro máximo de veinte millones de kilómetros y una altura de ocho. Hay un fragmento central, el trozo mayor que quedó tras la explosión del planeta primario, cuya masa superior obliga a los demás fragmentos a que orbiten a su alrededor. Con el transcurso de los siglos, los trozos mayores han ido tomando

forma esférica pero son relativamente pocos. Abundan más, lógicamente, los de menor tamaño y algún día, ese cúmulo lenticular tomará una forma plana.

—Como los anillos de Saturno.

—Exactamente.

—Algún día quiere decir dentro de unos cuantos miles de millones de años.

—Más o menos.

—No tengo ninguna prisa —sonrió Desia—. ¿Has hecho alguna llamada?

—Hay una emisora de radio, en la frecuencia que usaba la Del Lance, que funciona automáticamente. Continuamente repite el nombre de esta nave y su posición, añadiendo, además, que nos disponemos al rescate. Cuando estemos más cerca, iniciaremos el lanzamiento de bengalas.

Desia calló un momento. Luego, lentamente, dijo:

—Kirth, los náufragos esperan que los rescatemos. ¿Qué dirán cuando se enteren de que es algo imposible?

—Será un mal trago —admitió él—. Pero es preciso hacerlo.

Desia asintió.

—No podemos, ni debemos, evitarlo —murmuró.

* * *

El planeta que examinaban desde unos cinco mil kilómetros de altura era algo mayor que Marte, pero no ofrecía el aspecto desolado y árido del cuarto miembro del sistema solar. Mediante el mando de aumento, las imágenes que se reflejaban en la pantalla ofrecían el aspecto de un mundo perfectamente habitable, con grandes océanos y continentes cubiertos en su mayor parte de frondosa vegetación.

En cambio, no se advertía la menor señal de vida humana ni tampoco se divisaban rastros de construcciones levantadas por manos más o menos expertas. Había señales de vida animal, sí, pero los

detectores encefalográficos no captaban la menor señal que significase inteligencia y raciocinio.

Kynn, sin embargo, no perdía las esperanzas. Aún tendrían que dar más vueltas en torno al planeta, señalado en la carta con el nombre de Suffyr. Cada órbita duraba un par de horas y, cada treinta minutos, lanzaban una serie de seis bengalas que se encendían con un intervalo de veinte segundos, suficiente para que desde el suelo se entendiera era un mensaje de llamada.

De repente, Desia lanzó una exclamación, a la vez que señalaba con el índice un punto situado en la pantalla.

—Kirth, mira eso —dijo.

Kynn movió la ruedecilla del *zoom*. La imagen se agrandó enormemente. Ahora podían ver la selva que estaba bajo ellos, a una distancia aparente de diez mil metros, máximo aumento de la cámara en aquellas circunstancias.

—¡Es humo! —exclamó.

—Justamente, Kirth.

—Y donde hay humo, hay fuego también.

—Cosa que sólo pueden hacer los seres humanos.

—Excepto cuando cae un rayo e incendia un árbol.

—La atmósfera está limpia. No hay señales de tormenta. Debemos descender inmediatamente.

Kynn tomó los mandos y la Salvat ion inició un viraje, el primero de un descenso en espiral. Tanto él como Desia se sentían terriblemente excitados al pensar que muy pronto podrían encontrar a los seres a quienes buscaban con tanto ahínco.

A pesar de su colosal tamaño, la nave se manejaba con la facilidad de un cochecito de niño. Dos horas más tarde, tomaban tierra en un gran claro, a unos mil metros del lugar en donde ardía un buen trozo de bosque.

—¡A tierra! —gritó Desia vehementemente.

—Calma —aconsejó Kynn, sensato—. Este es un mundo completamente desconocido para nosotros. Cuando salgamos fuera, lo haremos debidamente equipados y armados.

—¿Armas? —se asombró la joven—. ¡Pero si son compatriotas!

Kynn se acercó a uno de los ventanales.

—Mira —indicó—. No sale nadie a nuestro encuentro.

Desia apretó los labios.

—Es verdad —murmuró—. Tendrían que haber visto ya la nave…

—Quizá están al otro lado del bosque en llamas —dijo Kynn, que no deseaba hacer perder las esperanzas a la joven—. Pero, de todos modos, debemos salir fuera y averiguar lo que sucede.

* * *

Un cuarto de hora más tarde, ponían el pie en un suelo cubierto de fresca y jugosa hierba. Kynn llevaba colgado de su cinturón una caja de control remoto, mediante la cual podía abrir y cerrar a su antojo la esclusa por la que habían salido.

Aparte de una mochila con algunos víveres, una cantimplora con agua y algunos elementos de cura, iban equipados con fusiles de caza, de pólvora, cuchillo y una pequeña destral. La ropa consistía en camisa, cazadora, pantalones de fuerte lona, muy suave sin embargo, y botas de media caña.

A unos quinientos metros a la izquierda, se divisaba la orilla de un pequeño lago, casi más bien un gran remanso, con entrada y salida del río que alimentaba sus caudales. La temperatura era excelente, 28 °C, según había apreciado Kynn desde la nave.

El trozo de bosque incendiado medía aproximadamente un kilómetro cuadrado y estaba situado en una extensa llanura que se perdía de vista en el horizonte. El humo subía a gran altura, arrastrado oblicuamente por una brisa no demasiado fuerte.

—Quizá estén al otro lado —repitió Kynn, a la vez que rompía la marcha.

Una hora más tarde, se convencían de que el fuego había sido causado por fuerzas naturales, cuyo origen, sin embargo, les resultaba desconocido. No había a la vista animales de ninguna clase, salvo unos pájaros de cierta envergadura, que pasaban graznando a bastantes

metros del suelo.

En todo cuanto alcanzaba la vista, incluso con la ayuda de los prismáticos que formaban parte de su equipo, Kynn no consiguió divisar el menor rastro de seres humanos.

—Me parece que hemos perdido el tiempo —se lamentó.

—Kirth, por ahora, yo no vuelvo a la nave —manifestó Desia sorprendentemente.

Kynn alzó las cejas. Ella echó a andar hacia el lago.

—Tengo ganas de darme un buen baño y de nadar un rato —añadió.

El joven la siguió resignadamente. Momentos después, estaban en la orilla. Desia empezó a desnudarse sin perder un solo segundo.

Kynn se sentó en el suelo, a la sombra de un árbol frondoso que tenía toda la apariencia de un roble terrestre. Filósofo, abrió su mochila y sacó un bocadillo, que atacó de inmediato

Desia tenía un cuerpo realmente hermoso, apreció, después de que ella se hubiera despojado de su vestimenta. Bella como una diosa pagana, Desia avanzó hacia el agua y caminó por el fondo, hasta quedar sumergida a la mitad del cuerpo. Entonces, se lanzó hacia adelante y empezó a nadar, con rítmicas brazadas.

Media hora más tarde, salió del agua y sacudió la cabeza para expulsar de sus cabellos las gotas de líquido que aún permanecían adheridas. Luego miró sonriendo al joven.

—¿No te bañas?

—No.

—Voy a tomarte por enemigo de la higiene, Kirth.

—Lo que deberías hacer es vestirte cuanto antes —gruñó él.

Desia volvió a sonreír.

—Resulta muy agradable estar recibiendo en el cuerpo las caricias del sol y de la brisa —dijo.

—A mi no me gusta.

—¿Nunca?

—Al menos, en ciertas ocasiones.

—¿Por ejemplo...?

—¿Quieres que te lo diga con todas las palabras? —preguntó él, malhumorado.

—Bueno, soy doctora. Sé hacerme cargo de las cosas, Kirth.

—Por eso quiero que te vistas, diablos.

Desia se echó a reír. Luego movió una mano.

—Ven —dijo.

Kynn se puso en pie y avanzó hacia ella. Iba a suceder lo que era lógico que pasara entre un hombre y una mujer jóvenes y sanos.

Los ojos de Desia, grandes, oscuros, emitían una llamada que él no podía desconocer. Pero no llegó a tocarla siquiera.

En aquel mismo instante, un ruido extraño sonó a poca distancia.

CAPITULO IX

Kynn giró en redondo, asombrado por oír el mugido de un toro. Y, efectivamente, el bóvido estaba allí, a unos treinta pasos de distancia.

Era un animal enorme, de dos metros de altura desde el suelo a la cruz y una longitud que casi duplicaba la de un toro corriente. Los cuernos eran enormes, de más de metro y medio de largo y se doblaban en ángulo recto a unos cincuenta centímetros del poderoso testuz, de modo que las puntas quedaban dirigidas justamente hacia adelante.

Pero aún había más. Cada cuerno se dividía en dos puntas, agudas como puñales y de no menos de sesenta o setenta centímetros de longitud cada una. Eran unas armas formidables, proporcionadas por la naturaleza y capaces, calculó, de atravesar sin dificultad la dura piel de un paquidermo terrestre.

El toro mugió y escarbó el suelo con sus potentes pezuñas. Kynn se fijo especialmente en ellas. Estaban compuestas por una sustancia cornea, durísima, brillante como el metal y ligeramente puntiagudas al frente. Las delanteras podían ser un arma formidable, tal vez en las luchas entre machos durante la época de celo, o para defenderse de un enemigo superior aún en fortaleza.

El animal se disponía a cargar, era evidente. La presencia de aquellos seres extraños le había enfurecido. Quizá los consideraba intrusos que pretendían invadir su territorio. Kynn decidió que no podía esperar más y se echo el rifle a la cara.

En el mismo momento, la pezuña derecha del toro golpeó algo con seco chasquido. Una partícula de vivo color incandescente saltó por los aires y fue a caer sobre un pequeño matorral agostado, incendiándolo de inmediato.

Más chispas saltaron del mismo sitio. Era una prueba irrefutable de la dureza de aquellas pezuñas. Pero la frente de la bestia estaba ya en la mira del fusil de Kynn.

Sonó un fuerte estampido. Las rodillas del toro se doblaron instantáneamente, a la vez que emitía un largo y lamentoso mugido, Kynn hizo un segundo disparo y fue el definitivo, ya que la bala

atravesó de parte a parte el cerebro del toro y lo hizo caer fulminado.

Lentamente, se acercó al animal, pero antes de llegar, contemplo estupefacto el pequeño matorral en llamas. Luego vio entre las hierbas una piedra de buen tamaño y comprendió lo ocurrido.

—¡Desia!

La joven se acercó, cubriéndose en parte con las ropas que aun no se había puesto. Kynn se agachó y señaló una de las pezuñas del toro.

—Son duras como el acero. Y esta piedra es granito. ¿Sabes lo que sucede cuando chocan el acero y el granito?

—Saltan chispas.

—Y eso es lo que incendió el bosque. —Kynn meneó la cabeza —. Este toro resultaría interesantísimo para los zoólogos terrestres. Lástima que haya sido necesario matarlo.

—Nadie le lo puede reprochar. Kirth —dijo ella—. Pero ¿no hubiera sido más seguro emplear una de aquellas pistolas?

— Está prohibido, fuera del espacio. Los fusiles de pólvora no son contaminantes. Claro que un disparo y aun cien no harían nada, pero, a fin de cuentas, esos otros proyectiles tienen un origen radiactivo. ¿Lo entiendes ahora?

—Si. Kirth, es una lástima que hayamos fracasado. Creí que los encontraríamos...

—No te preocupes —sonrió él—. Tenemos tiempo de sobra. Anda, vuelve a la nave... Por cierto, ¿te gustaría un buen filete de toro, al natural?

—¡Mmmm...! Se me hace la boca agua —exclamo la joven.

Kynn sacó el cuchillo de caza.

—Ve encendiendo el fuego —dijo alegremente.

* * *

La carne resultó exquisita. Se deshacía en la boca. Kynn comió hasta que se sintió a punto de estallar. Desia no le fue a la zaga y,

cuando terminaron, tenía el rostro cubierto de color y los ojos brillantes.

—Delicioso, la mejor comida de mi vida —dijo.

Kynn apuró la última media copa de vino.

—Cuando se hace una buena comida, algo sigue a continuación: una siesta. Te veré luego, encanto.

—Sí, Kirth.

Un par de horas más larde, Kynn se dispuso al examen de la carta astronáutica, a fin de trazar el rumbo del próximo vuelo orbital. Cuando tuvo todo listo, hizo que la nave despegase y, apenas la hubo orientado en el sentido deseado, conectó el piloto automático. Antes de que llegasen a las inmediaciones del próximo planeta, habían de transcurrir todavía veinticuatro horas. El piloto automático avisaría por medio de señales sonoras que era preciso tomar el mando manual.

De pronto, sonó la voz de la doctora:

—Kirth, ¿puedes venir?

—Ahora mismo.

Kynn abandonó el puente de mando y llegó ante la puerta del camarote ocupado por la joven. Tocó con los nudillos. Desia contestó de inmediato.

— Adelante.

Kynn abrió. El camarote estaba en la penumbra.

—Eh, no veo —protestó.

Sonó una risita.

—No hace falta la luz.

Kynn sonrió.

—Sí —convino.

Empezó a quitarse la ropa. El cuerpo de Desia era suave como la seda y cálidamente acogedor. Sus labios ardían y sus brazos parecían serpientes vivas, por las que Kynn se hubiera dejado ahogar muy a gusto.

Durante muchísimo rato, sólo hubo silencio en el camarote,

apenas interrumpido por ciertos lógicos sonidos: jadeos, suspiros, quejas; chasquidos de besos... Luego, momentáneamente agotados, quedaron juntos, la cabeza de la mujer apoyada en el hombro masculino.

—Tenía que haber llegado antes —suspiró Desia.

—El caso es que haya llegado —dijo Kynn, un tanto filósofo.

—A veces me preguntaba por qué no intentabas conquistarme. Me sentía un tanto frustrada, aunque bien es verdad que te hubiera rechazado.

—Pero a ninguna mujer le gusta que el hombre no le haga caso, ¿verdad?

—Eso es cierto.

—Sin embargo, llegó un momento en que no supiste resistir —le recordó él.

—Era la ocasión propicia. Además, sentía deseos de hacer una comprobación sobre lo que parecía tu misoginia.

—Un estudio psicológico, vamos.

—Algo por el estilo, pero tomándolo también como cosa muy personal. —Desia se volvió y lo besó en los labios—. No lo lamentas, ¿verdad?

—No, en absoluto.

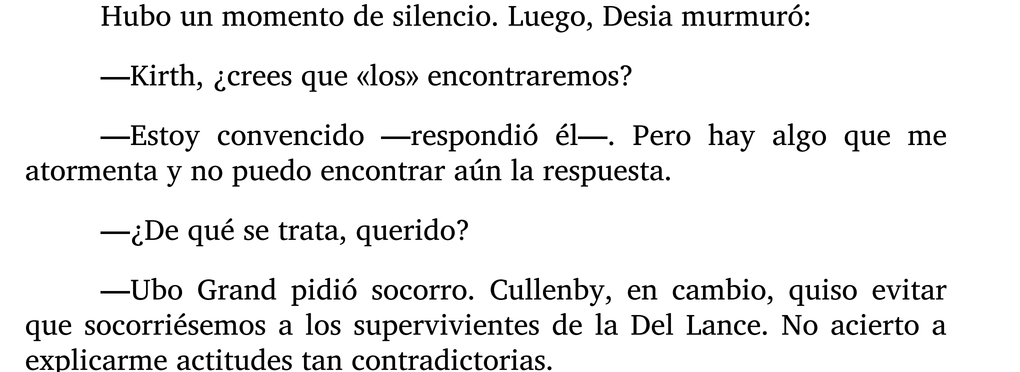
—El viaje de exploración resultará así más llevadero. Esto reduce tensiones entre los dos. Yo también ¿eh, me comprendes?

Kynn rió suavemente.

—Te comprendo de sobra y me alegro, porque eso me demuestra que eres una mujer completamente normal. La verdad, llegué a temer que tu profesión te hubiese hecho olvidar tu verdadera personalidad. Una vez — dijo él evocadoramente—, conocí a una mujer maravillosa, la más hermosa que he visto en los días de mi vida, y no te enfades por ello, pero era tan fría como un témpano de hielo. El hielo de su alma y de su cuerpo, destruía por completo todo su encanto.

—Y no has vuelto a verla.

—No. La olvidé por completo, créeme.



Hubo un momento de silencio. Luego, Desia murmuró:

—Kirth, ¿crees que «los» encontraremos?

—Estoy convencido —respondió él—. Pero hay algo que me atormenta y no puedo encontrar aún la respuesta.

—¿De qué se trata, querido?

—Ubo Grand pidió socorro. Cullenby, en cambio, quiso evitar que socorriésemos a los supervivientes de la Del Lance. No acierto a explicarme actitudes tan contradictorias.

—Tampoco a mí se me alcanzan los motivos, a menos que se trate de una enemistad de índole personal. Pero aun así, resultaría monstruoso, porque la conducta de Cullenby estaba directamente encaminada a evitar el rescate de sus compañeros, aún a costa de la muerte de cincuenta personas.

—En fin —suspiró él—, espero que consigamos hallar la respuesta a ese enigma. Y mientras tanto, ¿por qué no nos preocupamos un poco de nosotros mismos?

Desia sonrió dulcemente.

—¿Cómo, cariño?

—Ahora mismo vas a saberlo.

* * *

Los días y las semanas transcurrían lentamente, sin encontrar el menor rastro de los náufragos. Kynn empezó a pensar seriamente en abandonar la empresa. Los supervivientes de la Del Lance habían muerto.

De pronto, seis semanas más tarde, Desia entró en la cámara de mando, lugar en donde Kynn permanecía la mayor parte del tiempo.

—Kynn, quiero decirte una cosa —exclamó.

—¿Sí?

—Verás, me he dado cuenta de que...

Súbitamente, Kynn levantó la mano.

—¡Espera! Veo algo...

Desia se acercó a la pantalla, en la que se reflejaban las imágenes de un planeta cuyo diámetro era ligeramente superior al de Marte y, a juzgar por las señales, perfectamente habitable.

—¿Que pasa, Kirth?

—Mira... Fíjate en esos chispazos... Proceden de la superficie…

Kynn accionó el mando de aproximación y las imágenes se agrandaron rápidamente. Los destellos luminosos seguían produciéndose, con cierta regularidad, aunque, evidentemente, no procedían de una fuente luminosa original.

—Están diciendo algo —adivinó Desia.

—Sí... Aguarda... —De repente, Kynn lanzó una exclamación—. ¡Es Morse!

—¿Un código tan anticuado? —se asombró ella.

—Nunca ha dejado de utilizarse. Bien, veamos qué dice... S.O.S... D.E.E.P... L.A.N.C.E... —deletreó—. *¡Son ellos!* —gritó inconteniblemente.

—¡Al fin los hemos encontrado!

Kynn disparó en el acto seis bengalas.

—Abajo sabrán muy pronto que estamos dispuestos al rescate —dijo, a la vez que se disponía a recobrar el mando manual—. Desia, encanto, dentro de dos horas, habremos aterrizado en ese planeta.

—¿Cuál es su nombre?

—Sabrant... pero, por todos los diablos... Pasamos por aquí hace dos semanas y no captamos las señales.

—Quizá no podían hacerlas entonces.

—Es probable, aunque, de todos modos, poco tardaremos en saberlo. Desia, cariño, creo que nuestra misión ha sido un éxito total.

—Así lo espero, Kirth.

—Ahora tendrás mucho trabajo. Psicoanalizar a un montón de personas que nacieron hace seiscientos años no será tarea fácil.

—Para eso estoy aquí —sonrió ella.

Bruscamente. Kynn se dio una palmada en la frente.

— ¡Qué tonto soy! Ya lo había olvidado... Desia, antes ibas a decirme algo...

—Sí. Kirth. Estoy embarazada.

Kynn se volvió hacia la joven con la boca estúpidamente abierta.

—¿Seguro?

—No hay duda posible —aseguró ella.

—Bueno —resopló Kynn—, tenía que suceder. No hemos tomado precauciones... —Sonrió—. Nos casaremos en cuanto tengamos ocasión para ello, Desia.

Alargo las manos y la hizo sentarse sobre sus rodillas.

—Me siento muy feliz —murmuró.

Desia lloró un poco.

—Oh, Kirth... no sé qué decirte...

—No digas nada, es lo mejor por ahora, cariño. Lo importante es que todo vaya bien.

—Eso espero. Mi madre fue muy prolífera. Tuvo siete hijos y todos le viven, fuertes y sanos.

Kynn se alarmó.

—Oye, no querrás imitarla...

Desia se echó a reír.

—Aún es pronto para especular sobre otros niños —contestó—. Vamos, es preciso prepararse para el desembarco.

CAPITULO X

Desde la escotilla, contemplaron el singular espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

A unos trescientos metros de distancia, se divisaba el casco de una astronave, oculta en parte por los árboles de un bosque, muchos de los cuales aparecían tronchados y caídos en torno al aparato, sin duda a consecuencia de un precipitado aterrizaje. El tipo de la nave delataba de sobra su antigüedad y permitía la identificación, aun sin necesidad de leer su nombre en el costado.

Mas cerca, en un espacio completamente despejado, se divisaba un extraño artilugio, compuesto por nueve enormes planchas de metal, de forma cuadrada, las cuales, a su vez, componían un cuadro mucho mayor. Kynn estimó la superficie total en unos treinta y seis metros cuadrados.

El panel, absolutamente liso y muy brillante, estaba sostenido por un soporte giratorio en todos los sentidos. En la parte inferior se divisaban los cables que unían el mecanismo de giro al motor, alimentado por células solares. El mecanismo de giro estaba automatizado, de modo que pudiera emitir continuamente el mismo mensaje de socorro, orientado al mismo tiempo el panel reflector de modo que pudiera captar con el mejor ángulo los rayos solares y reflejarlos a las alturas.

Pero, en cambio, no había nadie. No se divisaba una sola persona.

El silencio era absoluto, deprimente.

Al cabo de unos segundos, Kynn, decidiéndose, saltó a tierra. Desia le siguió en el acto.

—Pero ¿dónde están? —exclamó la joven.

Kynn no podía darle una respuesta.

—Acaso murieron todos... y el espejo sigue haciendo las llamadas inútilmente... —murmuró.

Caminó unos cuantos pasos y se acercó al artefacto que examinó con la natural curiosidad. Todo indicaba claramente su antigüedad.

Kynn pensó que, aun dentro de la perfección que representaban aquellos aparatos, eran ya pasados de moda, si valía la expresión, se dijo.

Lentamente, dio una vuelta en torno al motor solar. De pronto, alargó la mano y movió una palanquita. El espejo se paró en el acto.

—¿Por que lo detienes? —pregunto ella.

—Ya no hace falla. Estamos aquí, ¿no?

Desia se le acercó y agarró su brazo.

—¿Sabes lo que pienso que vamos a encontrar? En alguna parte, no lejos de aquí, hay una explanada llena de cruces. Y un cadáver.

—¿Un cadáver?

—Sí. El último superviviente, naturalmente, no pudo enterrarse a sí mismo.

—¡Qué macabra! —se horrorizó el joven.

Pero, en el fondo, era una hipótesis muy razonable.

Sólo que algo vino a desmentirla, al menos en parte.

Un disparo de arma de fuego.

La detonación quebró el silencio. Al estampido, sucedió el agudísimo aullido del proyectil, tras rebotar en una de las patas metálicas que sostenían el espejo.

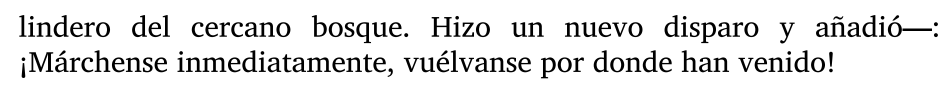
* * *

Kynn reaccionó rápidamente. Agarró a Desia por {a cintura y la hizo arrojarse al suelo, en el instante en que se oía el segundo disparo.

—¡Eh, no tiren! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Somos amigos!

Entre dientes, maldijo su imprudencia al haber desembarcado sin armas. Para contestar al fuego del desconocido atacante no tenía ni siquiera una piedra al alcance de su mano.

—¡No queremos gente extraña! —contestó alguien, desde el



lindero del cercano bosque. Hizo un nuevo disparo y añadió—: ¡Márchense inmediatamente, vuélvanse por donde han venido!

—Ese hombre está loco —dijo Desia a media voz.

—¡Escuche! —gritó el joven—. ¡Soy el comandante Kynn, capitán de la Salvat ion, astronave enviada por el gobierno terrestre para rescatarles a todos ustedes! Su mensaje fue captado y...

—¡Fuera, he dicho! No me obliguen a matarles; no queremos abandonar este planeta. ¿Me han oído?

—Ha dicho «no queremos», Kynn —observó Desia—. Eso significa que hay más supervivientes.

—Por mucho que se empeñe ese chiflado, no podemos irnos sin antes saber lo que sucede —refunfuñó el joven—. ¡Eh, amigo, por favor, escúcheme un momento! Voy a levantarme, con las manos en alto. No voy armado; sólo quiero hablar con usted. ¿Me ha entendido?

Y antes de que Desia pudiera impedirlo, Kynn se puso en pie y abandonó la relativa protección que suponía el soporte del espejo.

—Nadie les obligará a abandonar este planeta, si no desean —exclamó—. Pero mi obligación es llevar a la Tierra un informe de lo que les sucedió hace seiscientos años.

—Está loco —dijo el desconocido—. ¿Quién les ha dicho que llevamos aquí seiscientos años?

Kynn empezó a sospechar que algo no iba tan bien como hubiera sido de desear.

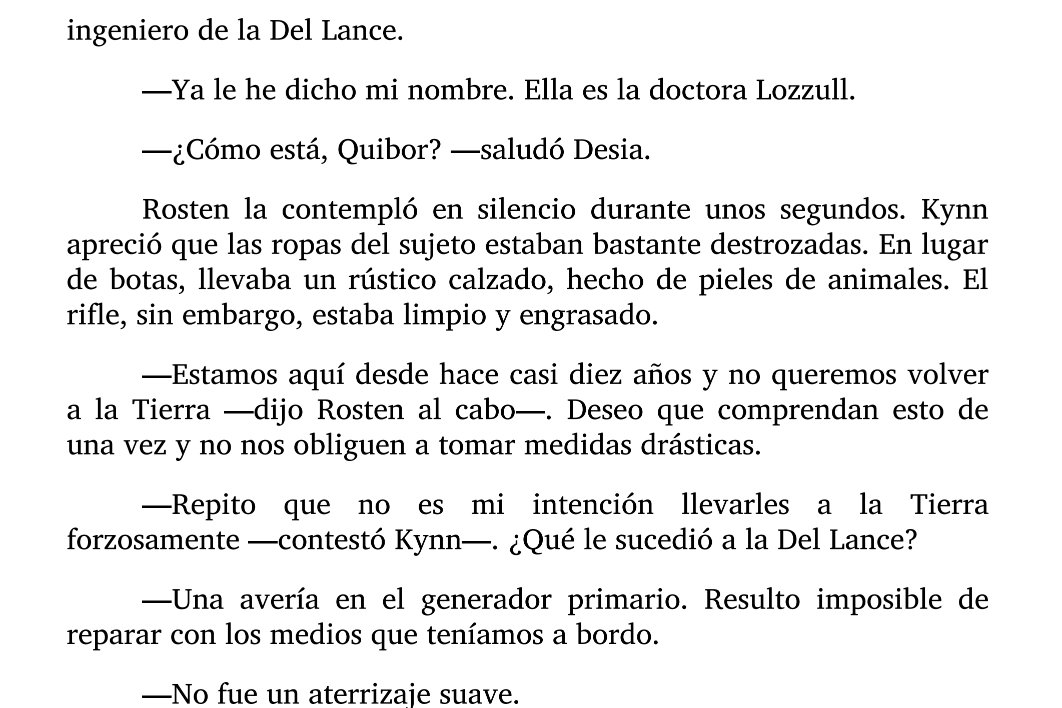
—Oiga, ¿por qué no hablamos como seres civilizados? —propuso, con acento persuasivo—. No pretendo sacarles de aquí a la fuerza; sólo quiero saber lo que les ha ocurrido.

—Está bien —accedió el sujeto—. Hablaré con ustedes, pero luego se marcharán de aquí. ¿Estamos?

—De acuerdo.

El hombre abandonó su parapeto, el tronco de un árbol caído y avanzó recelosamente hacia ellos, sin soltar su rifle. Kynn sintió una viva emoción al pensar que iba a hablar con un ser nacido seis siglos antes.

—Soy Quibor Rosten —se presento el sujeto—. Segundo



ingeniero de la Del Lance.

—Ya le he dicho mi nombre. Ella es la doctora Lozzull.

—¿Cómo está, Quibor? —saludó Desia.

Rosten la contempló en silencio durante unos segundos. Kynn apreció que las ropas del sujeto estaban bastante destrozadas. En lugar de botas, llevaba un rústico calzado, hecho de pieles de animales. El rifle, sin embargo, estaba limpio y engrasado.

—Estamos aquí desde hace casi diez años y no queremos volver a la Tierra —dijo Rosten al cabo—. Deseo que comprendan esto de una vez y no nos obliguen a tomar medidas drásticas.

—Repito que no es mi intención llevarles a la Tierra forzosamente —contestó Kynn—. ¿Qué le sucedió a la Del Lance?

—Una avería en el generador primario. Resulto imposible de reparar con los medios que teníamos a bordo.

—No fue un aterrizaje suave.

—Salvamos la vida, que no es poco —respondió Rosten.

—¿Y después?

—Enviamos llamadas de socorro, pero nadie nos contestó jamás. Por tanto, decidimos instalar una colonia en este planeta. Hasta ahora, vivimos satisfactoriamente. Tenemos de todo y no echamos en falta la Tierra.

—Lo comprendo. ¿Qué fue del capitán Löhren?

—Murió. Ubo Grand lo mató.

Desia se estremeció al oír la respuesta.

—¿Por qué ingeniero?

—Löhren quería que nos quedásemos aquí. Grand encabezaba el pequeño grupo de los que quieren volver a la Tierra. Eso es imposible, pero ellos no lo quieren comprender.

—Diríase que la tripulación se ha dividido en dos bandos...

—Veintiocho nos quedamos. Nueve quieren regresar... todavía.

—Faltan dos, de los cuarenta que componían primitivamente la tripulación —dijo Kynn.

—Sí, Löhren, Cullenby y otro llamado Ben Raffath.

Kynn cambió una mirada de inteligencia con la joven. Luego dijo:

—Explíqueme los motivos por los cuales no quieren regresar a la Tierra, por favor —solicitó.

—Es bien sencillo. Si abandonamos este planeta, moriremos.

—¿Cómo?

Rosten se pasó una mano por la frente.

—Durante el viaje, ocurrieron cosas muy raras... Quiero decir, una vez rebasado el sistema de Alfa del Centauro. Pocos meses más tarde, nos encontramos con unos tremendos remolinos que nos hicieron perder el rumbo por completo. Es un vórtice gigantesco en el espacio, cuya existencia desconocíamos en absoluto, lógicamente. Fue como si nos encontrásemos a bordo de un buque de vela, en medio de un tifón tropical y duró cuatro semanas, aunque, afortunadamente, logramos sobrevivir todos. Pero la mayoría de los instrumentos se descompusieron y no pudimos reparar los más sensibles que eran, lógicamente, los más importantes. Localizamos este planeta y decidimos aterrizar aquí.

—Ustedes se metieron de lleno en los Torbellinos de Hamsun —aclaró Kynn—. Hoy día es una zona del espacio bien conocida y delimitada y que todos los astronautas evitan cuidadosamente.

—Como fuera, llegamos aquí, antes de que hubiera transcurrido un año de nuestra partida —siguió Rosten—. Pasado un tiempo y en vista de que la nave había quedado inútil, se decidió enviar un mensajero, en uno de los botes salvavidas, llevando a remolque casi todos los demás, con objeto de que pudiera transportar víveres y agua para un año. Dejamos dos botes para una emergencia y al cabo de otro año, regresó el mensajero, sin haber podido traspasar los Torbellinos de Hamsun. Lógicamente, su bote no tenía la potencia de la Del Lance y tuvo que retroceder.

«Cuando partió, Ben Raffath tenía treinta años. A su regreso, parecía un viejo de más de cien años. Murió dos días más tarde, por senilidad. Cullenby dijo que era lógico. Se habían cumplido en él exactamente los efectos de la paradoja temporal Dreiser-Grant. ¿Saben ustedes qué es eso?

—Aproximadamente —contesto Kynn—. Es más, hemos tenido

una prueba tangible de los efectos de esa paradoja. Encontramos a Cullenby.

—¡Lo encontraron! —exclamó Rosten, muy excitado.

—Sí. Ha muerto.

Rosten meneó la cabeza.

—Fue todo un héroe —elogió—. Murió para que nosotros pudiéramos seguir viviendo.

* * *

Kynn no pudo evitar un respingo al oír aquellas palabras.

—¡Caramba! Está llamando héroe...

—Cullenby sabía lo que podía suceder y tomó otro de los botes salvavidas para intentar llegar a la Tierra. Eso ocurrió hace cinco años y ya no habíamos vuelto a tener noticias suyas, hasta que han llegado ustedes.

Desia, indignada, protesto:

— Oiga, Rosten, su héroe mato a cincuenta personas y quiso matarnos también a nosotros,

—¿Eso hizo Cullenby? —se asombró Rosten.

—Puedo asegurárselo —dijo Kynn gravemente.

—No lo entiendo, aunque sería preciso conocer todos los detalles para acusarle o exculparle. De todos modos, abandonó este planeta sabiendo que iba a morir. ¿Llegó a la Tierra?

—Llegó, se enrolo en mi nave como ayudante de electricista y... Bueno, hizo algo que causo la muerte a cincuenta personas. Se marchó de la nave dejando una bomba, que por fortuna conseguí hacer explotar en el espacio, y luego murió de senilidad, con el aspecto propio de un hombre que tenía seiscientos años.

— Pero sólo han transcurrido diez —exclamó Rosten

— Recuerde la paradoja, Quibor.

Rusten miró incrédulo a la pareja. Aquellas vestiduras, el nuevo aspecto de la astronave...

—Seis... cientos... años... —tartamudeó.

—Es indudable que la travesía de los Torbellinos de Hamsun les hizo adelantar seis siglos en su tiempo —dijo Kynn—. Por tanto, aquí viven en la misma edad que nosotros, pero no llegaron después de haber viajado en una astronave, cuyos mecanismos mantienen él tiempo inalterable. Por tanto, al salir de aquí y pasado un plazo, diferente según las condiciones psicosomáticas de cada persona, vuelven a situarse de nuevo en su época, es decir, retroceden en el tiempo y, por tanto, envejecen y mueren.

—Nunca creí que hubieran pasado seis siglos —dijo Rosten, abrumado.

—Si quiere entrar en mi nave, le enseñaré la batería de relojes-calendario, con los distintos horarios y tiempos de los múltiples sistemas solares que ya conocemos y con los que tenemos entabladas relaciones de todo tipo.

—Le creo, capitán, le creo...

—Sin embargo —intervino Desia—, sería conveniente tratar de hallar una explicación a la conducta de Cullenby.

—Es algo realmente incomprensible. No acabo de entender por qué tuvo que cometer esa matanza, ¿Es que no fue capaz de comunicarse con ustedes? —preguntó Rosten.

— Lo único que puedo decirle es que estuvo a punto de conseguir sus propósitos —contestó Kynn ceñudamente—. En ningún momento dijo nada sobre lo que podía ocurrir y se limitó a ponerse de acuerdo con otros para que ejecutaran la matanza. Fue a la Tierra, estuvo allí un par de años al menos: tuvo que darse cuenta de que habían pasado seis siglos... y consiguió enrolarse en mi nave, al solo objeto de impedir el rescate de ustedes. ¿Por qué no lo dijo?

—Lo siento señor; no puedo darle una explicación sensata — respondió Rosten.

Desia adelantó un paso:

—Quibor, ¿cómo se han organizado ustedes? Quiero decir, los partidarios de quedarse aquí —dijo.

—Hemos construido un poblado y tenemos ciertas leyes

particulares. Han nacido algunos niños y la vida es tranquila y apacible, excepto cuando nos encontramos con los hombres de Ubo Grand. Sin embargo, tanto ellos como nosotros procuramos evitar los choques.

—Ellos siguen pensando en volver a la Tierra —dijo Kynn.

—Sí. Están obsesionados…

Rosten no pudo continuar. Sonó un disparo y cayó al suelo de bruces.

CAPITULO XI

Desia lanzó un grito de susto. Kynn se dispuso a recoger el fusil que se había desprendido de las manos de Rosten, pero alguien lanzó una enérgica intimidación:

—¡No toque ese arma o le vuelo la cabeza!

Un hombre corría hacia ellos, con el rifle en las manos. Kynn bajó la vista un instante y apreció una enorme mancha de sangre en el hombro izquierdo de Rosten, que estaba absolutamente inmóvil.

—No hagan caso de las mentiras que le ha contado ese bastardo —dijo el recién llegado descompuestamente—. Soy el capitán Grand y yo y los míos queremos regresar a la Tierra.

Kynn aguardó a pie firme la llegada de Grand. El náufrago ofrecía un aspecto aún peor que Rosten, con el pelo largo y enmarañado y una barba no menos descuidada. Apenas si unos andrajos cubrían sus caderas y sus pies estaban completamente descalzos.

—Supongo que ustedes son los miembros de la expedición que la Tierra ha enviado para rescatarnos —dijo Grand al encontrarse frente a la pareja.

—Capitán Kynn, doctora Lozzull —presentó el joven secamente —. Oiga, Grand, este hombre...

—¡Este hombre debe morir! —chilló Grand.

Desia observó en los ojos del sujeto un inequívoco brillo de demencia. Grand, se dijo, no estaba totalmente en sus cabales. Era un hombre peligroso.

El cañón del arma apuntó a la cabeza del caído. Kynn lo desvió de un tremendo puntapié. Grand se tambaleó, a la vez que lanzaba una espantosa interjección, pero aprovechando que había perdido la iniciativa, Kynn completó la acción con un tremendo derechazo al mentón del sujeto, lo que bastó para derribarlo al suelo, completamente sin sentido.

Desia se arrodilló junto a Rosten.

—Grand no es un buen tirador —dijo—. Sólo le ha atravesado el hombro...

—Ve a la nave y trae elementos de cura —indicó el joven.

—Sí, ahora mismo.

Kynn despojó a Grand de un enorme machete que colgaba de su cinturón. Luego alejó los dos fusiles lo suficiente para no temer una posible reacción del antiguo segundo de la Del Lance.

En cuanto a Rosten, había recobrado el conocimiento y se quejaba sordamente.

—Ahora le van a curar —dijo amistosamente.

—Ese miserable.... Ha querido matarme...

—Tratare de solucionar el asunto lo mejor posible —sonrió Kynn.

Desia vino a los pocos momentos con una bolsa en las manos. Limpió rápidamente los orificios de la bala y aplicó en ambos una espesa capa de una sustancia amarillenta, que se solidificó a los pocos instantes.

—Celulina regenerativa —explicó—. Su herida quedara cicatrizada antes de veinticuatro horas.

—Eso no existía en mis tiempos —sonrió Rosten.

—Luego, en la nave, te aplicaré una dosis de un producto para compensar la pérdida de sangre. Por fortuna, no hay ningún hueso interesado... Mira, Kirth; Grand está moviéndose.

Desia había traído consigo también una cantimplora de agua y Kynn vertió parte de su contenido sobre la cara de Grand. Este sacudió la cabeza y se sentó en el suelo.

—Pega duro, capitán —se quejo hostilmente.

—Se lo merecía, diablos. ¿Por qué usar las armas, cuando todos los problemas se pueden solucionar mediante el dialogo?

Grand tendió la mano hacia el herido.

—¡El y sus amigos inutilizaron todas las radios de a bordo! —chilló furiosamente—. Pude reparar una a pesar de todo, pero de nuevo la destrozaron... Y si no hubiera llegado a tiempo, habrían

destruido también el espejo.

—Capitán, ellos saben que ustedes no pueden dejar este planeta —dijo Kynn muy serio.

—¿Usted también cree en esas paparruchas de la paradoja temporal?

— Pero ¿es que no vio el cuerpo de Raffath, después de su intento de llegar hasta la Tierra? —se asombro Desia.

—Yo había salido con una expedición, a fin de buscar un buen lugar para nuestro campamento. A fin de cuentas, queríamos vivir al aire libre, ya que nos sentíamos un tanto agobiados en la nave. Cuando regresamos, Raffath había sido sepultado ya.

Kynn meditó unos segundos. Al fin, dijo:

—Capitán, nosotros encontramos a Cullenby. El sí consiguió llegar a la Tierra.

—Entonces, estaba de nuestra parte. No, si ya lo sabía yo; Cullenby, a pesar de todo, era un buen tipo.

—Se equivoca, capitán —contradijo el joven—. Cullenby no quería que nosotros les rescatásemos. Y aunque sus procedimientos fueron absolutamente censurables, es evidente que tenía razón.

—No... no puedo creerle...

—¿Quiere acompañarnos?

Grand dudó un momento pero al fin se puso en pie. Kynn alargó una mano y ayudó a Rosten a incorporarse. El hombre caminó con torpeza, apoyado en su hombro izquierdo.

Una vez en el interior de la nave. Kynn condujo a Rosten hasta la enfermería y lo dejo allí al cuidado de Desia. Luego se llevó a Grand consigo hasta una de las bodegas de carga.

—Oiga, yo no conocía este tipo de astronave —exclamo Grand, sinceramente asombrado.

—Hay seiscientos años de diferencia entre la suya y la mía, capitán —sonrió Kynn.

—Seiscientos años...

—La paradoja Dreiser-Grant.

—Nunca lo creeré....

Momentos después, llegaban ante uno de los frigoríficos. Kynn extrajo la caja donde yacían los restos de Cullenby y, con la ayuda de un cortador de metales, abrió la tapa. Grand vio el cuerpo del difunto y retrocedió un paso, como si algo le hubiese golpeado violentamente en el pecho.

—No... no es posible... Parece él, pero no...

—Le garantizo que es él, capitán.

De pronto, Grand se cubrió la cara con las manos.

—Entonces... no podremos regresar a la Tierra...

—Este planeta permite la vida, hay un ambiente magnífico, unas temperaturas moderadas...

—Yo tenía familia, padres, hermanos...

—Murieron hace seiscientos años. Bueno, algo menos, claro, pero ya no viven.

Grand agitó una mano.

—Capitán, ¿tiene algo para beber? —solicitó—. Estoy a punto de caerme.

Kynn sonrió comprensivamente.

—Por supuesto.

El cadáver de Cullenby volvió al frigorífico. Más tarde, sellaría de nuevo el ataúd. Aquellos restos debían regresar al mundo del que procedían.

* * *

—Todos partirnos de la Tierra llenos de ilusiones, con el mejor de los ánimos —dijo Grand minutos más tarde, en el comedor de la nave—. El único que se sentía pesimista en ocasiones era Cullenby, pero era uno solamente contra los demás. Las cosas empezaron a torcerse después de atravesar los Torbellinos...

—Entonces fue cuando de golpe saltaron seiscientos años al

futuro. La Del Lance carecía, de la protección adecuada contra el adelantamiento del tiempo, lo que no sucede en las naves actuales. A fin de cuentas, es una consecuencia de la aplicación de la paradoja Dreiser-Grant, mejorada con la ecuación espaciotemporal descubierta por Hubner y Ardanz. De este modo, podemos movernos con velocidades poco menos que infinitas, sin que el tiempo transcurra para nosotros salvo a su ritmo normal.

Grand asintió pesadamente.

—Ahora lo comprendo todo —murmuró—. Estamos condenados a morir aquí.

—Condenados a vivir, que es muy distinto, capitán.

—A mis compañeros les resultará muy duro saber la verdad. Siempre esperaron, siempre confiaron en el rescate... —Grand apuró el resto de su copa de vino y esbozó una sonrisa—. Creo que debo pedir perdón a Rosten —añadió.

—Cuando se conozca la noticia, serán muchos los que deseen establecerse aquí —vaticinó Kynn—. Así se encontrarán menos solos. La Tierra, por otra parte, se cuidará de ustedes. Les enviarán máquinas, materiales para la construcción, vehículos... También montarán una estación de radio subespacial, lo que permite la comunicación casi instantánea entre los planetas, cualquiera que sea la distancia... No estarán solos, repito.

—Es una noticia consoladora —suspiró Grand, a la vez que se ponía en pie.

Minutos más tarde, tendía su mano a Rosten.

—Te ruego que me perdones —dijo.

—Ya lo he olvidado —sonrió el herido.

Kynn se volvió hacia Desia.

—Le he enseñado el cadáver de Cullenby —dijo.

Ella hizo un leve gesto de aquiescencia.

—Ahora sólo nos queda visitar los dos poblados —manifestó—. Y, naturalmente, me interesaría conversar con todos los tripulantes de la Del Lance.

—Quibor, si te parece, nos reuniremos mañana a mediodía,

juntó a la orilla del río Freedom, en el saliente de la Roca Negra —sugirió Grand.

—Estoy de acuerdo contigo, Ubo.

Grand se encaró con el joven.

—Capitán, ¿llegaron a saber en alguna ocasión que se trataba de nosotros? —preguntó—. Aunque habían pasado seiscientos años, ¿no se asombraron de recibir mi mensaje?

—En un principio sí, lo admito, aunque entonces pensábamos más bien en los descendientes de la tripulación —declaró Kynn—. Pero luego supimos que se trataba de ustedes.

—¿Por qué?

—K.T. 9. —contesto.

—Siempre fui un tanto vanidoso —admitió Grand—. Me enorgullecía mi cifra de identificación, nueve unos... y me gustaba hacerme llamar K.T. 9. Yo dejé en la Tierra algunos buenos amigos y confiaba en que ellos, al oír esas dos letras y el guarismo, supieran que el mensaje era auténtico.

—Lo fue, capitán —dijo Kynn con grave acento.

* * *

Al día siguiente, en un paraje de una belleza indescriptible, dos grupos de personas de ambos sexos se reunieron, tras unos momentos de indecisión. El recelo mutuo duraba todavía.

El grupo de adictos a Grand era el menos numeroso y sus componentes, lógicamente, reflejaban la decepción sufrida. Ninguno de ellos, pensó Kynn, volvería a ver a sus seres queridos. Los padres, los hermanos... ya no eran más que polvo perdido en el fondo de los tiempos.

Kynn y Desia tuvieron que contestar a infinidad de preguntas. La joven, por su parte, se dedicó a establecer los turnos de interrogatorio. Antes de regresar a la Tierra, quería preparar un informe exhaustivo de la situación.

Kynn, por su parte, se ocupó de recoger las peticiones de los náufragos. En aquel planeta, la vida era relativamente fácil y abundaban los animales que se podían domesticar sin excesivas

dificultades. Pero en tantos años, todos los elementos útiles de la Del Lance habían sido empleados y desgastados por el uso. La misma astronave no era sino un cascajo de metal, bueno únicamente para la chatarra. Aunque claro, un día llegarían los estudiosos y se aplicarían a examinar la nave, como una reliquia de tiempos pasados.

Kynn y Desia pasaron dos semanas en aquel planeta.

Los componentes del grupo de Grand habían superado ya su crisis. Ahora, todos hablaban de unirse en un mismo poblado. Kynn les dejó muchas herramientas y materiales que sabía no iba a necesitar, así como gran cantidad de víveres y hasta un pequeño generador movido por energía solar, lo que le permitió dejarles también un gran frigorífico, elemento indispensable en aquellas circunstancias.

Al fin, satisfechos de su labor, emprendieron el vuelo de regreso a la Tierra.

CAPITULO XII

—Nos casaremos en seguida —dijo Kynn.

Estaba tendido en la cama, boca arriba. La cabeza de Desia se reclinaba en su hombro.

—Si es chico, le llamaremos Kirth, como el padre —propuso ella.

—¿Y si es chica? Desia, claro.

—Bueno, ya lo pensaremos. Todavía tenemos siete meses de tiempo.

—Pediré una licencia de un año. No quiero volver al espacio, por ahora. Espero que me den un puesto burocrático. No me gusta mucho, pero prefiero quedarme en la Tierra durante una buena temporada.

La nave, guiada por el piloto automático, se movía a velocidades inconmensurables en el espacio. Pronto alcanzarían los límites del sistema solar.

Kynn había enviado ya largos mensajes, explicando la situación. En la Tierra estaban enterados de lo sucedido. Uno de los mensajes de respuesta era del propio presidente Pawloski, quien les había anunciado se estaba preparando ya una nueva expedición para llevar pertrechos a los supervivientes de la Del Lance.

—Pero, de todas formas —dijo él de pronto—, aún nos queda por aclarar algo.

—¿Qué es, cariño?

—El comportamiento de Cullenby. Tú, psiquiatra y sociólogo, ¿no has sabido llegar al fondo de sus motivos?

— No, salvo el hecho de querer preservar a sus amigos de la muerte, cosa que, bien mirado, acabó por conseguir, aunque el procedimiento empleado no fuese muy correcto que digamos.

—Pues si llega a ser incorrecto... —se escandalizó Kynn.

De pronto, frunció el ceño.

—Ahora que lo pienso —exclamó—. Hay algo que se me ha pasado por alto, Desia.

—¿Es interesante?

Kynn abandonó el lecho y empezó a ponerse los pantalones.

—Como capitán de esta nave, tengo que echarme un rapapolvo a mí mismo por no haberlo hecho antes —dijo.

Desia se sentó en la cama, agarró su blusa y se la puso rápidamente. Luego terminó de vestirse y siguió al joven, que ya salía del camarote.

Momentos después, le vio entrar en otro, que permanecía tal como lo había dejado su ocupante. Kynn abrió un armario y sacó una maleta de su interior, que dejó inmediatamente sobre la cama.

Soltó las presillas y levantó la tapa. La maleta contenía ropa solamente, pero él no se desanimó y continuó registrándola hasta el fondo. De repente, lanzó una exclamación de alegría:

—¡Ah, aquí está! —dijo.

—¿Eso? —se asombró Desia, al ver el cartucho de cinta de grabación.

Kynn se volvió hacia ella.

—Yo pensé en un documento escrito, una libreta de notas personales, acaso un diario... La verdad es que no se me había ocurrido hasta ahora registrar el camarote de Cullenby.

—¿Crees que hay algo interesante en esa cassette?

—¿Por qué no la escuchamos y así salimos de dudas?

—Muy bien, como quieras.

—Lo haremos en la cámara de mando —decidió Kynn.

Momentos después, insertaba el cartucho en el hueco correspondiente y apretaba la tecla de contacto. Pasados algunos segundos, se oyó la voz de Darrell Cullenby.

—Soy Darrell Cullenby. Gracias por haber accedido a recibirme, señor.

Y el otro hombre, contestó:

—Señor Cullenby, le ruego sea breve. Estoy sumamente ocupado, aunque por fortuna para usted, pude encontrar un hueco en mi apretado horario. Me escribió una carta, creo recordar. ¿Por qué no me expuso en ella los motivos de su visita?

— Es algo que sólo se puede decir de viva voz, señor.

—Bien, empiece,

—Se trata del rescate de los supervivientes de a Del Lance. Suspenda la operación, señor.

—¿Cómo? No he oído bien...

—He dicho, exactamente, «suspenda la operación». Ellos no quieren volver a la Tierra.

—¿Trata de decirme que ha hablado con los supervivientes de aquella astronave?

—Si, señor. Es más, yo soy uno de los miembros de la tripulación de la Del Lance. Consulte los archivos si no me cree, por favor.

—¡Hombre, por Dios, que han pasado ya seiscientos años! ¿Piensa que voy a creerme semejante estupidez?

—¡Le estoy diciendo la verdad! —gritó Cullenby— Ellos no pueden ni quieren volver a la Tierra. Si lo hicieran, si abandonasen el planeta en que actualmente se encuentran, morirían a los pocos meses, tal vez en algunas semanas. Suspenda la operación de rescate, se lo ruego.

—Usted está loco y yo también, por haber accedido a recibirle. Pero ¿de dónde ha sacado una cosa así?

—Le juro por lo más sagrado que es la pura verdad. Uno de los nuestros, Ben Raffath, trató de pedir ayuda y abandonó el planeta en que nos hallamos actualmente. Murió a su regreso, sin poder llegar a la Tierra...

—En cambio, por lo que veo, usted sí ha llegado. Y, dígame. ¿no tiene miedo de morir, como ese tal Raff'ath?

—Estoy dispuesto a ello, señor. La muerte no me asusta, pero quiero preservar la vida de mis compañeros. Deje que sigan allí, por favor. Suspenda la expedición...

—Lo siento mucho, señor Cullenby. Ya ha transcurrido el tiempo que le concedí para la entrevista.

—¡Haga lo que le pido! —chilló Cullenby descompuestamente—. Dé la orden de suspender todos los preparativos.

Se oyó el sonido de un timbre y luego el de una puerta que se abría.

—¿Señor? —dijo alguien.

—Llévese a este chiflado inmediatamente.

—Sí, señor. Vamos, salga...

El altavoz reprodujo los ruidos de unos forcejeos. Algo más distante, sonó una vez más la voz de Cullenby:

—Usted no me ha hecho caso. Yo le hago responsable de lo que pueda ocurrir. ¡Pero no permitiré que los tripulantes de la Del Lance sean rescatados! ¡Aunque tenga que matar a todos los que viajen a bordo de la Salvat ion!

Los sonidos que se oyeron a continuación, ya no tenían ninguna importancia.

Kynn y Desia cambiaron una mirada.

—De modo que alguien sabía lo que iba a pasar y no hizo nada para evitarlo —dijo ella, la primera en hablar.

—Así parece —contestó Kynn.

—¿Sabes quién es?

—Si, lo sé.

* * *

Atrás quedaban las recepciones multitudinarias, las entrevistas de prensa, la conmoción originada por la noticia del hallazgo de unos seres nacidos más de seiscientos años antes... Ahora, Kynn y Desia debían rendir su informe oficial al almirante Shaughn.

Aunque le habían saludado a la llegada, las palabras cambiadas habían sido de mera cortesía. Shaughn les había dicho que quería

hablarles en privado, señalándoles una fecha. Kynn y Desia fueron puntuales.

Un oficial ayudante les condujo hasta el despacho de Marv Laski. El asesor se levantó para recibirles y estrechó sucesiva y afectuosamente las manos de los dos jóvenes.

—Han realizado una hazaña maravillosa —dijo—. La Tierra les debe gratitud por lo que han hecho, capitán, doctora.

—Cumplimos con nuestro deber, señor —respondió el joven llanamente.

—Su acción merece una recompensa. El almirante me ha hablado de ello. Les recibirá dentro de unos minutos. ¿Quieren sentarse, mientras tanto?

Desia aceptó la invitación. Kynn se acercó a la mesa

—Quiero enseñarle algo, señor Laski —manifestó.

Miró a su alrededor y vio una grabadora. Sacó la cassette de uno de sus bolsillos, la insertó en el alvéolo correspondiente y presionó la tecla de reproducción.

—¿Qué es eso? —preguntó Laski, extrañado.

Kynn volvió junto a la mesa.

—Tenga paciencia unos minutos, señor —rogó.

Las voces de Laski y de su interlocutor se oyeron bien pronto. Kynn miró de reojo a Laski. El hombre se había puesto pálido repentinamente.

Sentada en su butaca, Desia permanecía rígida como una estatua. Laski tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

Al cabo de unos minutos, cesó la grabación. Kynn miró fijamente al asesor.

—¿Y bien, señor Laski? ¿No tiene nada que decirme?

—Yo... Todo fue un error... ¿Cómo podía saber que aquel hombre decía la verdad?

—Lo sabía y no hizo nada por impedirlo. Así Cullenby pudo llevar a la práctica sus planes de exterminio.

—¡Yo no sabía nada! —aulló Laski.

—He estado investigando antes de venir aquí. Usted hizo una visita a los archivos y pidió una copia de los viejos expedientes de Cullenby y de Raffath. Cínicamente, dejó que la Salvat ion levantase el suelo, sabiendo era un viaje del que nadie debía regresar. Con toda intención, dejó que Cullenby llevase sus ideas a la práctica; permitió que cincuenta personas muriesen, sólo para que la expedición fracasara y el almirante perdiese así su crédito y, por tanto, todas sus posibilidades para ganar las elecciones. Porque también nos hemos enterado de sus contactos con el director de la campaña electoral de Pawloski, quien se presenta a la reelección y sabemos que está conspirando con él para que el almirante sea derrotado. Señor Laski, en política, como en el amor, todo está permitido pero no es la guerra, en donde, además, se permite matar al enemigo. Esto es algo de lo que tendrá que responder ante los tribunales, que le pedirán cuentas de la muerte de cincuenta personas. ¿Está claro?

De pronto, Laski abrió el cajón de su mesa y sacó un revólver.

—Nadie lo sabrá —dijo, ebrio de cólera—. Voy a matarles a los dos; diré que estaban enfermos de la locura del espacio y que querían matarme...

La puerta del despacho del almirante se abrió de repente.

— ¡Marv, lo he oído todo! —gritó Shaughn.

Laski se distrajo un momento. Kynn aprovechó la ocasión y saltó hacia el asesor, tratando de quitarle el arma.

Durante unos segundos, los dos hombres forcejearon violentamente. De súbito, se oyó un disparo.

Desia en pie, contemplaba la escena con la respiración en suspenso. Desde su sitio vio a Laski con los ojos muy abiertos y una extraña expresión en sus facciones.

Bruscamente, un hilo de sangre brotó de la boca de Laski. Kynn quitó el revólver de una mano que ya había perdido las fuerzas. Laski dio un paso en sentido lateral, giró en redondo y se desplomó de bruces al suelo.

Shaughn miró un instante al caído, que aparecía completamente inmóvil.

—Kynn, ¿fue usted el que abrió el interfono?

—Sí, almirante.

—Escuché también una grabación...

—La tomó Cullenby cuando vino a visitar a Laski sin que éste se diera cuenta. Yo la encontré en su camarote, cuando ya estábamos en el viaje de regreso.

Shaughn movió la cabeza repetidas veces.

—Siempre me pareció demasiado ambicioso —dijo—. Pero estaba muy bien apoyado y no podía echarlo de mi lado. ¿Seguro que se había puesto de acuerdo con mis competidores?

—Sí, señor —intervino Desia—. Puedo demostrárselo...

—Eso es ahora lo de menos, doctora. Antes tenemos que solucionar este otro asunto. Va a ser un escándalo monumental —se lamentó Shaughn.

—La cinta de Cullenby continuó grabando todo lo que se decía en este antedespacho, almirante —dijo Kynn.

Shaughn le miró sorprendido.

—No descuida detalle, capitán —manifestó.

—Creí conveniente disponer del mayor número de pruebas, señor.

—Esto va a hacer mucho ruido —murmuró el almirante—. Por supuesto, dañará también a Pawloski, aunque, personalmente, le creo inocente de esta intriga. Pero ni él ni yo podremos evitar las salpicaduras de un asunto tan repugnante. Bien, es el final de mi carrera política... y, con toda sinceridad, creo que no lo lamento.

Se acerco a la mesa y tocó un timbre.

— Ha llegado la hora de las explicaciones —añadió.

* * *

Kynn llegó a su casa, la atravesó y salió al jardín, en donde, bajo un emparrado, estaba sentada Desia, entregada a una extraña labor.

—¿Qué haces? —se asombro él.

—Fui a la Biblioteca Pública y encontré un cartucho de video.

Pedí una copa y me lo traje a casa. Estoy aprendiendo a tejer, como hacían las futuras mamas en tiempos pretéritos. Es muy divertido, ¿sabes?

Kynn se sentó frente a ella y la miró embobado. La maternidad le sentaba bien a Desia, y la hacía mucho más guapa.

—Estoy tonto por ti —confesó.

Ella sonrió, halagada.

—¿Qué noticias me traes? —preguntó.

—Primera, tu tío no se presentará a la reelección. Segunda, el almirante ha declinado su nombramiento como candidato del partido opuesto.

—¿Quién va a ser el candidato?

—Y eso, ¿qué importa ahora? En política, nunca faltan aspirantes para toda clase de cargos.

—Eso es muy cierto, Kirth. ¿Algo más?

—Querían encomendarme el mando de la segunda expedición a Sabrant, pero he rechazado el honor. Prefiero quedarme a tú lado.

Ella le tendió una mano.

—Gracias, querido.

—No podría estar lejos de ti... en ciertos momentos —sonrió él, a la vez que besaba la mano de la que ya era su mujer—.Desia, algún día, si te parece, viajaremos a Sabrant, para ver cómo se desenvuelve la colonia.

—Sí, algún día iremos allí, Kirth.

Pero aún pasaría mucho tiempo. Antes tenía que nacer el niño y crecer y desarrollarse... Era un viaje que no corría ninguna prisa, pensó Kynn.

Seiscientos años antes, los tripulantes de la Del Lance habían emprendido un viaje que para ellos había resultado infinito, a pesar de haber tenido término. Ninguno podría volver ya al planeta en que naciera. Pero estaba seguro de que no lo lamentaban.

—Otra cosa —añadió de pronto.

—¿Sí, querido?

—El tribunal de encuesta ha dictaminado que la muerte de Laski se produjo accidentalmente. Es una salida política.

—Y conviene a todo el mundo.

— Desde luego. ¿Sabes?, a veces pienso en el pobre Cullenby...

—Era un demente, obsesionado por una idea fija. Salvó a los suyos, sí, pero a costa de las vidas de quienes no querían causarles ningún daño. Si hubiera explicado claramente la situación, tú le habrías hecho caso sobre todo, después de comprobar con certeza lo que sucedía, ¿verdad?

Kynn asintió.

—Es cierto —admitió—. Desia, debemos olvidar este asunto. Lo necesitamos.

—Estoy de acuerdo contigo, cariño —contestó ella apaciblemente.

F I N